

X FREDERIC A. CHASSERIAU

X MIS RECUERDOS ACERCA DE
PIERRE LOTI Y FRANCIS JAMMES

Tradujo del francés, ATANASIO VITERI, por su
profundo amor a JAMMES.

'A Claude Farrére
De la Academia Francesa.
Mi querido amigo:

Hace meses que Ud. aceptó la dedicatoria de este librito de RECUERDOS, a pesar de la sorpresa que hubiera de sentir pensando que alguien pretendiera enseñarle alguna cosa nueva acerca de Loti.

Loti su jefe y amigo, y al que acompañó en la visita del Emisario Ferid bey, que vino a expresarle el Supremo Saludo de fidelidad del país turco.

Por tanto, estoy convencido de que Ud y yo hemos conocido a un Loti muy diferente: usted al de los mares lejanos, al mago de la hechicería oriental, al peregrino misterioso de los templos, en cuyos umbrales sólo se detiene el polvo de oro del desierto.

Yo, el de la pobre casa de Rochefort, —la casa que precede a la de las Mil y Una Noches—, el de la estrecha existencia provincial entre la madre y sus embarcadores; —y más gravemente, el que se fué al Jardín de los Olivos para buscar la fe; aquel, en fin, cuyo corazón estaba siempre abierto a los desheredados, y que había conservado ese lado de niño revoltoso, que se afincó tanto en su juventud.

Aquel Loti que, según creo, usted ha conocido menos que yo: no estaba exento de grandeza!

EL DIA EN QUE FUE DESCUBIERTO EL MEDALLON DE LOTI EN LA CASA DE LA RHUNE DE ASCAIN

Ascain! La bella iglesia de los muros rosados, el camino que desciende hacia Sare, otro que sube por las encinas de las morada de Ascoubia.

Hemos ido allí, en las tardes doradas de otoño, a tratar de sorprender el alma del país vasco.

La casa de Otharre, la aldea, los enrejados de los jardines repletos de laurel rosa, la noche, los pasos silenciosos de los contrabandistas que entran por el cementerio, el "irrintzina", después el silencio... y nada...

Es el pasado.

El presente: se viene a levantar el velo del medallón de Loti en la casa de Otharre. **"Pierre Loti habitó esta casa, y en ella escribió Ramuntcho".**

He venido a asistir a esta ceremonia con el corazón oprimido.

Allí en ese lugar volví a ver a mis antiguos amigos, quienes me han dicho:

—Cómo, usted, que conoció tanto a Loti, que pasó cerca de él tantos años, no ha escrito nada acerca de su vida?

Les respondí:

—Por lo mismo que tanto le he conocido, no tengo casi nada que escribir.

Loti puede ser apenas narrado. Si su vida de marino es accesible a todos, su vida de artista es casi inasible: sin embargo, bondad y genio parecen presidir su existencia.

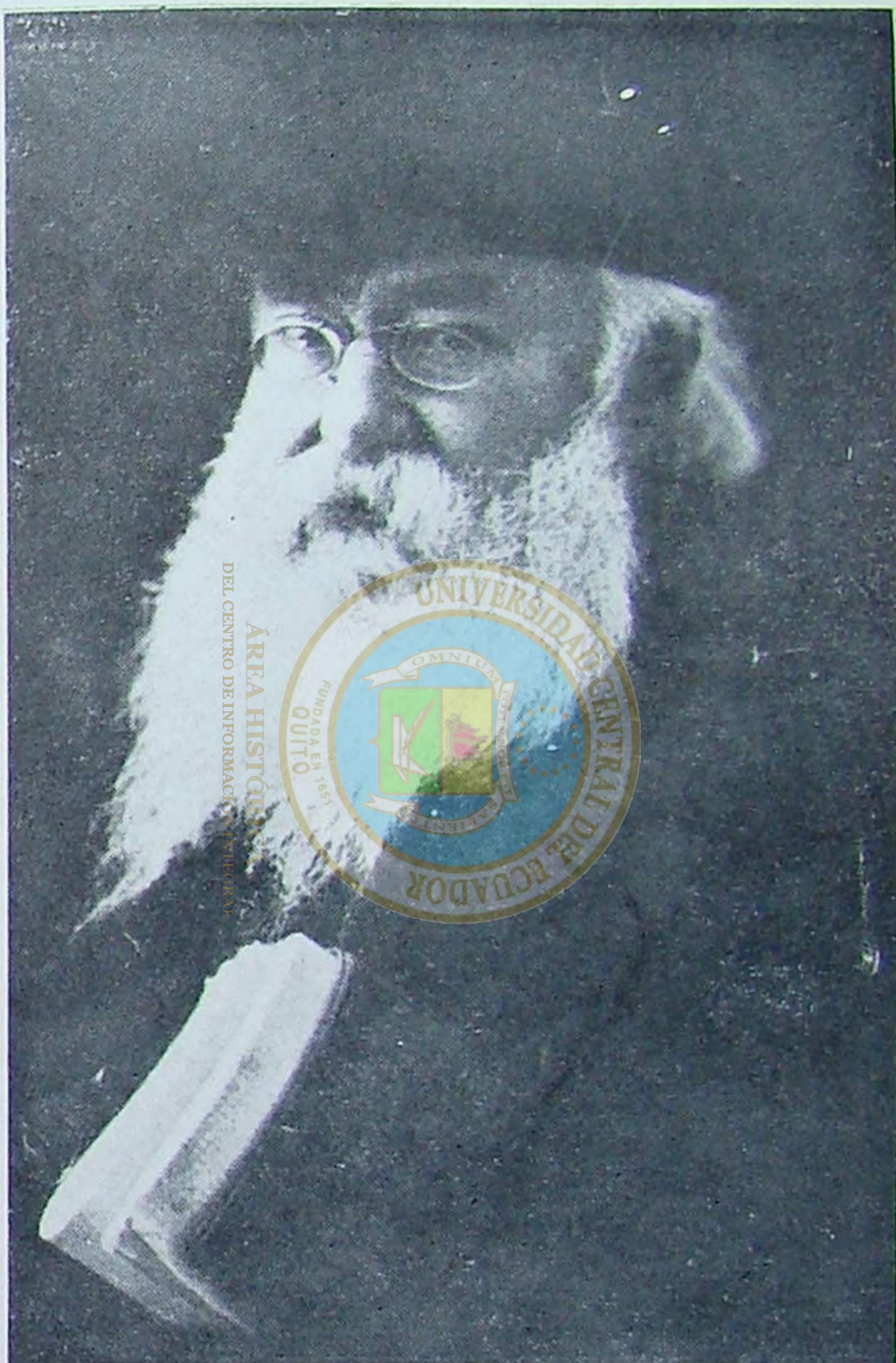
Le he amado cada vez más por sus altas virtudes, más bien que por su prestigio de escritor.

Un lado de su alma era infantil, pero el otro tenía profundidades de abismo.

¿Su vida? Una cadena de episodios, de actos frecuentemente contradictorios, sujetos a los caprichos de la hora o a los matices del cielo; a causa de su inasible naturaleza misma. No sabría expresar la amplitud que tomaban las menores incidencias, vistas a través del prisma de esta naturaleza desconcertante.

Sí, su punto fiel, al mismo tiempo que su compás de marino: la bondad.

Es el lado tierno de su existencia que quiero tratar en



J A M M E S

su emotiva sencillez, aunque me siento incapaz de ello. Me quedo confundido al no poder dedicar a su recuerdo sino una corona trenzada de silencio, como la que rodea la piedra que guarda sus restos, allá abajo, bajo las lianas, en casa de los abuelos.

Por tanto, voy a ensayar hablar de Loti.



Una especie de leyenda misteriosa envuelve a este hombre de pequeña talla que admiraba la infinidad de dones que alguna hada turca le había prodigado en su cuna, la que se puede imaginar que ha sido una de esas escamas de tortuga, toda incrustada de piedras preciosas, tal como la de un príncipe de las Mil y Una Noches.

La centelleante cuna, sin embargo, no tuvo otro asilo para recibirla que la pobre casa de Rochefort.

Pero, desde su venida al mundo, este gnomo no cesa de encantar todo lo que se le aproxima, los lugares más modestos y más sombríos donde vivió. Acaso haya tomado por divisa estas palabras:

Yo encanto mi mal.

Hasta en las últimas páginas del **Peregrino de Ankor**, hemos sentido este encanto.

Es así como al son de un tamboril, en apariencia monótono, pero de un ritmo infinitamente variado, el juglar árabe sumerge en un medio sueño, inyectado de ensueño, a los que le escuchan.

Por cierto, todo parece haberse dicho de un hombre, cuyo silencio mismo y la reserva más singular excitaba la curiosidad de los demás. El apego al exotismo, las lejanas cruzadas en un mundo aún mal descubierto, emparentan su genio con los de Bernardin de Saint-Pierre y Chateaubriand, que fueron sus verdaderos maestros.

Esta clase de carácter golpeó muy intensamente al jovencito que era Francis Jammes cuando, en el humilde comedor que debía servir de decorado a **El Idilio de un día**, cayó en la página punzante del **Libro de la Piedad y de la Muerte** en el que vemos evolucionar, en una luz fúnebre y difusa, la gracia de un fantasma criollo:

En la inquieta mañana de mis veinte años:
 Me mostraste el gran sombrero de una criolla.
 Hasta en su tumba suspendió, desde entonces,
 El cuadro amarillo y redondo que una ausencia tórnale
 desolado. (*)

A primera vista una cierta contradicción parece establecerse entre el genio tan puro, tan sencillo, tan primitivo de Pierre Loti y toda esa barroca apariencia exterior, de la que ha dejado un perenne recuerdo. La gente poco avisada juzgó mal dicha apariencia.

Fue en mi casa, en los alrededores de Biarritz y en el curso de una fiesta iluminada, que Jammes encontró por primera vez a Loti; y es así como pudo trazar un retrato el más semejante del original. Copio de sus *Memorias*:

"A eso de las diez horas, había reemplazado un vestido por un uniforme totalmente recamado de condecoraciones, el que no era del todo ridículo. Tenía el aspecto, todo en negro; la mano en el puño de un sable precioso, de uno de esos guerreros japoneses cantados por los parnasianos y que semejan crustáceos ornados de pedrerías. La nariz resaltaba entre sus carrillos pintados y en los ojos redondos y anchos un abismo se abría sobre yo no sé qué profunda noche".

"Ellos reflejaban la compasión y el temor y hacían olvidar esa nube de fingimiento que le envolvía. El cuello duro, permanecía inmóvil; pero si andaba en sus altos talones, era de una manera mecánica y precipitada. Me hizo alusión a su juventud, a la vida pobre, a los tiempos de Azyadé. Un persa lejano, infinito, lloraba en su voz".

No he conocido jamás un ser más incómodo que Loti en el vestido que acababa de enfundarse, y aún en el uniforme de oficial de marina que constelaba con numerosas cruces semejantes a deslumbrantes coleópteros.

Recuerdo sus extraordinarias aprensiones desde que se despojó de esa especie de sarcófago, al que se acomodaba un poco mejor su perfecta tiesura.

Tal era el jovencito que acompañó a Chateaubriand a casa de Mme. Recamier. Yo me hallaba lisonjeado de

(*) Francis Jammes, Quatrains.



LOTI

mis relaciones con Pierre Loti, las que no eran extrañas en la común provincia que habría podido ligar su familia con la mía.

El franco afecto que me prodigaba este hombre más viejo que yo, me llenaba de reconocimiento sincero y su genio me fascinaba.

Lo declaro, sonriendo un poco a la distancia, que no me disgustaba guiar e informar al hombre ilustre, completamente desorientado, cuando se trataba de escoger un vestido que no sea el usual uniforme o de responder a alguna invitación principesca o de tono.

Veo al amante de Azyadé, enarbolando a guisa de turbante una brillante giba, en una de las piezas del **Hotel del Buen La Fontaine**, en el que se inscribió, misterioso como siempre, bajo el nombre de M. Daniel.

Iba entonces Loti a realizar sus primeras visitas académicas. Estuve poseído de gozo viendo como un imposible "couvre-chef" iba a reemplazar su gorra de marino, a la que estuve habituado de verle en Hendaya. Esto hizo crepituar de furor a Loti.

Sin embargo, cambió bruscamente de parecer y, dejándome sólo en el pequeño salón clerical del hotel, corrió a su alcoba, de la que salió vestido como Bougainville en la corte. También Jammes decía que fuera del genio que podía imponer Pierre Loti a todos los Institutos del mundo, el uniforme no pasó sin impresionar y lisonjear a la docta compañía.

Tan desconcertante que parece un tal disfraz exterior, es preciso volver a la esquisita sencillez de Loti que fue el fondo y la esencia de su verdadera persona y de su obra.

"Toda obra de genio, decía Carrière, lleva el verdadero carácter de su autor".

Quiero pues dejar a otros el cuidado de un análisis por otra parte imposible, sino vano, de este grande hombre.

Había en él un lado en verdad pagano y sensual que le arrastraba ardientemente hacia las mujeres, pero que no iban sin un delicioso lado sentimental que le hacía abordar a una joven siempre con timidez. Debo señalar también un lado infinitamente caritativo que había sido largamente sentido, sobre las costas del Atlántico, por el pueblo de viudas de los que murieron en el mar.

Habíale expresado cómo me encantaba su caridad! Nada dijo, pero pareció conmoverse de mis observaciones.

A menudo le servía de intermediario cuando era preciso hacer llegar sus liberalidades de todo género a las gentes humildes, lo que constituía una nobleza más de su parte: ya que quería escudarse en esta forma de ser observado en su constante altruismo.

Jamás una carta, un llamamiento de socorro, se quedaba sin respuesta. Si se trataba de una demanda de colocación se daba todo el trabajo necesario con el fin de que las diligencias tengan favorable resultado. Me parece que los que no han conocido de Loti sino su apariencia externa, esa actitud, un poco distante que trataba de suplir un defecto de prestancia física, no han sospechado sino apenas de su caudal interior.

Poseo muchas de esas cartas de recomendación que me hacía partícipe, como si en verdad hubiese sido yo el secretario de una pía congregación.

Algunos extractos bastarán denunciarlos; pues, todas sus cartas están escritas en el mismo modelo; y si expresé antes que fuera de su vida literaria o sentimental, no escribía sino en forma prosaica y práctica, por necesidad: no he dicho sino la verdad. He aquí uno de esos modelos que no se apartan en nada de la más vulgar esquela:

"Querido amigo:

Tengo un pequeño servicio que pedirte: Una joven de Bayonne, de excelente familia, huérfana y pobre, por la que me intereso mucho, da lecciones de piano (excelente artista). ¿Podrías cuando tengas oportunidad hablar de ella a tus conocidos de Biarritz? Si pudieras hacerla conocer un poco, te quedaría muy reconocido. Se llama Mlle. d'A... Te agradezco y te estrecho la mano.—P.L."

Otra:

"Querido amigo:

Serías bastante bueno al remitir esta lista y estos quince francos a la pobre vieja Mme. B... Me ha escrito una carta que me ha impresionado. Y después, tómale también un billete. Te estrecho la mano de todo corazón.—P.L.

—Apresúrate, querido amigo, te lo pido, pues he guardado cuatro días aquella pobre lista".

Una nota más en donde explota su indignación por la

falta de palabra de una Soberana, que nos había prometido su ayuda en una buena obra:

“... Y después, te lo pido, dile a Mme. D. M..., dejándome toda la responsabilidad, cuán indignado estoy de la falta de palabra de la reina, con más razón en esta vez, que en la de Mlle. d'A..., porque se hallaba formalmente comprometida. La reina no estuvo forzada para prometer, pero habiéndolo hecho, su acción es incalificable. Hago la última cosa. Amistades grandes.—P. L.”

Otra aún:

“Si pudieras cuando vayas a la ciudad, entrar donde una buena vieja, la anciana G..., que está en una afrontosa miseria y darle 20 francos de mi parte. Sería preciso tomar todo clase de precauciones para no herirla, pues no aceptará ningún socorro: no está por demás decírtelo. Gracias de todo corazón. P. L.”

Al releer las breves cartas, hoy que muchas sombras han pasado sobre mí, estoy después de todo feliz de haber colaborado en estas pías Sociedades, venerables entre todas y con las que Pierre Loti, aun cuando otros puedan juzgar lo contrario, se encontraba ahincado de corazón.

Un fondo cristiano parece siempre haber vivido, en efecto, en el alma de aquel que una pequeña musulmana le tuvo apresado hasta su muerte.

Su hijo Samuel me informó que, cuando la sombra se espesaba en la cripta en la que se refugiaba en Rochefort, Loti llamaba al pastor familiar, a fin de que éste le diera lectura de la Pasión de Nuestro Señor.

Recuerdo de ciertos trechos de su ascetismo, de la dicha que había experimentado llevando la vida frugal de los beduinos, y de la celda que fue su alcoba, toda desnuda, ornada de un crucifijo y un sable; alcoba donde este hombre con los ojos fatigados por el rayo de la gloria, iba a buscar una paz que sabía no podía hallar en otra parte.

Me extenderé por otro lado, más lejos todavía, acerca de un aspecto de Loti, tan transparente en sus obras bretonas: su veneración por la Virgen. Advertí que no llevaré plan organizado en mi narración y que la mejor manera de

evocar la memoria del amigo cuyo genio evolucionó junto a una independencia que nada pudo alterar, es mejor entregar este relato a su propio capricho.

En Loti, el aspecto cordial, el aspecto infantil y sencillo, el aspecto de intimidad familiar, superaba en mucho al de los uniformes, de las travesías, de las aventuras y de las caravanas. Se ha hablado poco de ésto, acaso porque se ignoraba, tal vez porque interponía muy bien con la otra fase: sin embargo tiene su belleza.

Su ternura por la madre y las tías Claire y Lalie, su emoción persistente, a través de su vida de éxitos y de glorias, por todo lo que le recordaba en Rochefort, los tiempos de la estrechez y de las pruebas, el recuerdo de detalles humildemente tiernos, como sus pequeños guantes agujereados "prudentemente remendados por su madre, para su viaje de partida en el Borda", todo este contraste de simplicidad relatado, contado en los tiempos de lujo y de palacios encantados, testimonian la bondad inicial de su naturaleza, y demuestran que su corazón de niño no se había jamás endurecido.

Loti en todo escribió su vida, desde su juventud. A través de su gran sueño de Oriente, ha vivido con una intensidad febril y, como si, por una carrera loca hacia los placeres, pensase escapar al monstruo que lo helaba de terror: el tiempo. Lé combatía sin tregua por arrancarle los minutos.

Fue la lucha más patética de su vida. La fuga de la existencia fue la visión que le embargaba en todos sus instantes. Esta frase de Loti me vuelve cada vez más al espíritu:

—Voy a dormir dentro de diez minutos, despiérteme; **no quiero perder más tiempo que éste.**

El menor de sus actos acusaba su personalidad. Era tan sensible a los colores, que lo que había pintado con una palabra: la armonía del cielo, del mar, del crepúsculo, en el curso de un paseo, esta palabra permanecía tangible como un cuadro al que no se le podía añadir nada, tanto tenía de destacado.

Se transformaba cuando desarrollaba su pensamiento en el curso de una obra. Su inquietud de perfección en la sencillez del gran arte era tal que permanecía a veces horas enteras para elaborar una frase, la misma que borraba con frecuencia, a la mañana siguiente.

Sin embargo he oido emitir esta opinión tocante a su estilo:

¡Cómo debía escribir con facilidad!

Era todo lo contrario.

Escribía velozmente al primer movimiento, pero desde que se releía, al poner las cosas en su punto, era muy lento. Se imponía por otra parte para su trabajo una disciplina severa.

Conocí a Loti, a su llegada a Hendaya, cuando tomó mando del "Javelot".

Recuerdo la profunda impresión de tristeza que me embargaba en mi primera visita a la humilde casa que tenía Samuel, y que acababa entonces de arrendarla. No ha menester describirla: ya lo han hecho los manuales de turismo.

Pero los que quieren asir su alma deben ir a rondar al rededor de su terraza, en una noche sin luna, propicia a sus amigos los contrabandistas, cuando el reflejo gris del Bidasoa y el cabrilleo penetrante de las aguas evoquen las horas siempre patéticas de un pasado ya muy lejano.

Cuando entré a esa casa por primera vez, acabábbase de tender a lo largo de los muros del salón una red de pesca, la misma que durante muchos años, fue su única tapicería.

El mobiliario era de palisandro y terciopelo rojo, sin pretensiones, pero de mal gusto. En una consola Luis Felipe, colocaba una cantidad de "bouquets", los unos al lado de los otros, a la moda oriental: me dijo cuando observaba mi rostro poco satisfecho de la distribución:

—No encuentra que el ridículo tiene su encanto?

Nuestro tema de conversación fue este país que conocía muy poco entonces, pero que le seducía mucho. Sus frases eran breves. Me pareció muy tímido.

Salimos a la terraza: nos encontrábamos en junio. Fuenterrabía asomaba como a través de una gasa de oro. Algunos barcos se hallaban entre los meandros del agua y de la arena, la marea estaba baja; ciertos niños chapoteaban en el limo.

Loti parecía contrariado de no poder enseñar el paisaje en su plena belleza. Este deseo de perfección lo extendía a todo.

—Pronto el agua estará más alta, será más bello, me decía.

Me preguntó acerca de Biarritz donde yo vivía.

—Tengo horror de las villas, de los casinos, de las multitudes.

Pareció tranquilizarse cuando le expresé que vivía en una propiedad plena de soledad.

Vivía, en efecto, en una mansión calmosa que muchos robles ensombrecían. El silencio no era turbado sino por la canción de las hojas y de los pájaros. Loti pronto tuvo que venir a frecuentar mi casa. Y ahora que este dominio pacífico ha pasado a otras manos amigas, no vuelvo allí si-no para oír, en el jardín, el paso alerta y seco de este hom-brecillo admirable; detalle también observado por Mme. Gérard d'Houville.

Aparecía siempre, de prisa, hostigado por todas las complicaciones diversas y contradictorias en las que trope-zaba su vida. Alguna vez me confiaba sus angustias que me parecían frecuentemente exageradas, si no imaginarias, a pesar de ser yo más joven que Loti. Comprendía después que su corazón había quedado más tierno que el mío, sin embargo de no haberse batido como el suyo en la soledad del mar.

Qué trabajo de trituración se elaboraba en nuestras al-mas cuando las abandonábamos a las pequeñeces de la vi-da! No quiero hablar aquí de una vida particularmente mala: no, sino sencillamente de ésto que se llama la vida, tal como es: la vida que enerva, la vida que se desgaja ella misma, para dejarnos desamparados, inútiles, impotentes para el bien.

También en esta misma casa Francis Jammes, que era más o menos de mi edad, me hizo su primera visita una ma-ñana de escarcha que le daba el aspecto de un zorro blan-co. Su barba, negra entonces (ahora es nieve eterna) es-taba silpicada de algunos copos. Hoy que los lazos de a-mistad juvenil han venido a ser fraternales, su apariencia de patriarca me encanta y me sostiene en mis pruebas.

En el curso de estos sencillos recuerdos tocaré a dos se-res que mucho amé: el uno se ha quedado en esta hora la más sombría de mi vida, y me ha dado ocasión de evocar tantos pasajes que son la base de mi afecto y mi admira-ción!

Quiero comenzar por agradecer a Jammes de una de-voción que no ha desmejorado jamás y de la simpatía pro-funda que me expresó desde el comienzo, en una carta que no habría querido él que sea reproducida y que me dirigió

en esas horas en las que comenzaban a agitarse, como caballos rebeldes, los arrebatos de juventud que iban a sublevar mi existencia:

"Mi querido amigo:

Sí, esta vez tiene Ud. mi amistad. Su carta la esperaba llegar desde hace tiempo, ansioso, y como quien sigue paso a paso y pulsación a pulsación los progresos de un mal. Dios me ha permitido sondear las llagas hasta en sus más terribles síntomas y diagnósticos. Pero me ha dado también un corazón de poeta y nadie le ha comprendido y le ha excusado mejor que yo. Por otra parte conserve esta carta que la escribo según la corriente de mi corazón y diga Ud. que el sabio de Orthez está allá para quererle y compadecerle. Sí, tengo el terrible don del poeta y nadie, excepto Ud., penetró más allá del abismo doloroso y malas consecuencias de esta maldita fiebre. Ni una crisis se me ha escapado, ni un escalofrío. Y le tiendo la mano como a una víctima de la fatalidad que, como usted se expresó un día, inquieto ya, no puede depender del juicio banal de los hombres. Es usted aun joven. Nada está perdido, la vida está por delante, y el futuro pacificador se encuentra presto a afirmar y perdonar la conciencia de los hombres, cualquiera que sea la tempestad que los haya agitado. No, nada se me ha escapado. He seguido el último síntoma que comenzó en Baden y que termina hoy. Pero cuando usted supuso que era la noche, era la aurora la que se levantaba, oh mi amigo! Le digo todo esto con lo mejor de mi alma, y quiero sufrir con usted. El terrible orgullo que le embargaba y que chocó con el mío, ese defecto rutinario, ay! de los corazones poéticos fue la causa de nuestras disensiones. Ha debido confiarse más antes y no dejarme la duda que invade tan fácilmente a los pobres hombres. El sólo mal al presente será el de dejarse abatir. Diga que en la vida un ser le tiende la mano, que no ignora sus angustias pasadas. Puede ser, ocultando en Ud. la voz del corazón, que le prefiere al brillo de las cosas célebres. Qué importa! Le perdono y le juzgaré. Medite estas líneas. Dígase que tiene una gran inteligencia y un corazón que no está quebrantado. La carta que me escribió se excitó contra todo un pasado: el anodamiento. Tome un Confucio y léalo. Observe la conducta de Iliei, la claridad sublime de su vida; y sin embargo no tenía otra fortuna que una escudilla de bambú. Escríbame. Ojalá mi amis-

tad en este tiempo penoso, no le depare sino buenas palabras. Soy su amigo.—F. J.

Mi madre y yo seremos los únicos confidentes de su carta”.

Al día siguiente de esa fiesta que fue el encuentro de Francis Jammes y de Loti en mi casa, se volvieron a encontrar los dos para almorzar. Jammes comprendió todo el precio de ese momento, pues no cesó jamás a pesar de ser tan duro en sus apreciaciones, de reconocer en Loti a uno de los maestros plenamente formados; pero su irónica y pintoresca naturaleza había decidido aprovecharse de la ocasión y no cesar de interrogarle, haciéndole preguntas desconcertantes, pasando de la cocida de un huevo a la copa a las preocupaciones más inquietantes de la psiquiatría. De repente le preguntó:

—No piensa Ud. que podrían encerrarle en una casa de alienados, si de repente, apareciese entre sus amigos vestido de otro modo? Como yo por ejemplo?

Loti se prestaba de buena índole a éstos saltos del espíritu.

Muy poco antes de este encuentro me había enviado a Hendaya un ejemplar del libro de Jammes, intitulado “Versos”, impreso en Orthez, y cuya lectura nos sedujo a ambos, a tal extremo que yo deseaba vivamente conocer a su autor.

Con esta devoción de mi pensamiento volví a la humilde morada donde conocí, por primera vez, la dulzura de la vida sencilla de un poeta delante de la naturaleza, el pequeño comedor que olía a manzanas maduras y en el cual Jammes y su madre me invitaron en una atmósfera de pensamiento tan alto, tan refinado, a compartir la sencillez lugareña de su mesa: pero su pan era de trigo y su vino era de uva.

Cuántas madres hubieran querido ahogar su genio naciente, por miedo de verle de blanco de las exigencias de la vida! Pero no: la madre de Jammes, en su calmada fe cristiana, habíale confiado a Dios el porvenir de su hijo y le miraba irse con la Musa hacia la campiña, en marcha al horizonte.

Qué de jornadas pasadas en esta alcoba tierna y criolla, que hacía de gabinete de trabajo y de biblioteca, donde el humo de las pipas se mezclaba al olor sano de las tenebrías de la calle Saint-Pierre, en la alcoba donde el poeta del

Pobre Peón y del **Asnito dulce** sentía pasar a los inquietantes y rapaces pájaros de noche, que se apostaban ya en el camino de su gloria.

Encontré allí a Charles de Bordeu, el escritor de gran raza, desdeñoso de todo reclamo y que había caído tal como había deseado, como un roble abatido, en su tierra natal.

Me acuerdo de un almuerzo en una fresca mansión de gentilhombre de Abos, después de una mañana de caza, en el llano tórrido.

Habíamos recorrido las casuchas quemadas de sol, buscando las codornices pesadas que se refugiaban a lo largo de los setos, demandando la sombra. "Flora" y "Ali", los perros continuaban su búsqueda más despacio. Pronto entramos en el viejo patio de la hidalga casa.

Qué instante! Qué piadosa impresión! Jammes con su ironía inmisericorde molestaba al uno y al otro, los que a su vez no se molestaban por eso.

Cubierta la cabeza de un fieltro deformado por las intemperies y clavado con una flor de genciana, con su morral de caza parecía el **Gato con botas** de los cuentos, asemejándose mucho al fauno que juega, riendo, con ardor.

Al volver, habíamos encontrado a un notario de la ciudad vecina, cuyo nombre era M. Hivert (*).

Jammes se divirtió de este nombre, llevado en un día de canícula por este buen señor al que Bordeu le rogó almorcara con nosotros, apiadándose de su estado de esponja chorreante en el que se encontraba. Esta invitación había reanimado el coraje del invitado, quien volvió a patear el rastrojo y a gritar con voz de trueno:

Sería funesto, en un día que principia la caza, no disponer de un asado de codornices!

Aún oigo todavía la risa de Jammes.

En la actualidad, me siento frecuentemente al ruedo de su numerosa mesa de familia; constato su humor inquebrantable, igual que antes, a pesar de su cuotidiana inquietud.

Una armonía completa reina en su vieja casa, en la que florece una glicina, y siento que Dios ha abierto su ma-

(*) La traducción literal para comprender la ironía de Jammes, sería: señor Invierno.

no sobre la dulce carga que pesa con toda su fuerza de amor sobre los hombros de este bienamado.

He encontrado versos de Francis Jammes inspirados en el antiguo comedor del amigo Charles de Bordeu:

LA CAZA CON BORDEU

En un agosto estático, el perfume del maíz
 Nos rodea, y el de las mentas en la paja
 En la que los perros atareados por alguna pesada codorniz,
 Se arrastran, y parecen petrificarse, de repente.

Esta es la sentencia: el pájaro parte, pero no puede fiarse
 Del vuelo, pues Bordeu apunta con su hierro viejo:
 Nada aparenta valer ese fusil a pistón,
 Pero con él tira mejor que no hubiese hecho Júpiter.

Están emocionados los ribazos, la llanura tranquila,
 Corre tibio el Gave al ruedo de la arena y sus islas,
 El campanario y los pozos, la granja y la casa.

Entonces, el ala puntea aguda habiendo cesado de batir.
 Se oye venir del fin del horizonte
 El ruido del disparo que vomita agazapado el diablo.



El reproche de mi amigo, el viejo campanario, a la fuente de mármol del comedor de Abos.

Las tajadas de melón, esas lunas hortelanas,
 En la sombra del mediodía que las persianas medio cerradas
 Proporcionan a los cazadores, confusamente aclaran
 Los cristales que ha llenado la vendimia de Abos.
 Sobre las losas, la nariz juntándose al trasero,
 Un perro dormita, sacudido de un singular sollozo.
 ¿Sueña en las perdices que no ha podido hacer levantar
 en los helechos, que corren como el agua?

Igual que el año 1830, los convidados,
 Gentiles hombres rurales, pequeños burgueses de rentas,
 Poco recelosos de una caza que se muestra taimada,

Retiran las codornices de la grasa roja y de las hojas
De viña, diciendo: "Dignas son de los dioses!"
Mientras que el campanario, viejo vecino, tose rauco.

El suelo del comedor era de ladrillos, pulidos por el paso de los antepasados. Los perros se habían puesto en fila entre las verdes cajas de naranjos que a ese lugar las había remitido el invierno. En la granja, algún vaquero trayendo sus bestias a la hora del mediodía, cantaba un aire pirineo que nos llegaba por la ventana abierta y las abejas zumbaban en una como compotera de frutas.

El aire venía de la frescura del **Gaves** y del perfume cálido y azucarado de los huertos. El alma del país se mostraba radiante a nuestra juventud, a nuestros entusiasmos confiados en lo duradero...

El salón de Abos, cuya tapicería de grandes flores chilonas decolaba el muro por sitios, que contenía aún los retratos de los antepasados y, entre ellos, de ese gran Théophile de Bordeu, que fue el iniciador de la psiquiatría actual.

Allí se sentía, en la frescura encerrada en los viejos muros, la soberbia indiferencia del maestro para con el infortunio. Ignoraba los procedimientos dolosos y los agios y llevaba en su corazón toda su noble riqueza.

Bordeu continuaba pasando en medio de los que asistían a su ruina, armado de su sola bondad. La vieja alcaldía, donde desposó a los aldeanos astutos, no oía de su parte más que deseos de prosperidad que les dirijía con la más sonriente altivez. Desde el salón a través de las persianas medio cerradas, brotaba el pleno resplandor. Se veía la llanura chispeante. Jamás esta tierra incendiada de rayos, estos maíces dorados, estos setos vivos, estas aldeas pacíficas cuyas casas están coronadas de pizarra y se miran en sus pazos, estas aldeas han sido cantadas como lo fueron por Bordeu y Jammes.

Toda una vida se había deslizado después de este tiempo.

Y sin embargo se prolonga presente e imborrable como lo que es puro; y en mi recuerdo, esto parece haber sucedido solamente ayer.

LA CAZA EN PARDIES

ALQUERIA DE BORDEU

Una mañana de agosto, a las cinco, Bordeu, Jammes y yo, seguidos de los perros, Ali y Flore, abandonamos la aldea de Abos.

—Almorzaremos en Pardies, dijo Bordeu.

Y tomamos el camino. Los setos están cubiertos de redillas donde se encuentran suspendidas gotas de rocío que reflejan cada una un pequeño arcoíris: gruesos mirlos desfilan rápidos. La bóveda del cielo está radiosa de sol, de transparencia, de infinito...

Las bestias salen de la granja, para ganar los pastos, con un carillón de sonidos....

La vida sencilla de los campos comienza a elevar sus himnos hacia Dios.

Hay en el alma de mis compañeros más serenidad que en la mía.

Bordeu lleva altivamente el tormento que es demasiado frecuente en las nobles familias.

Su fusil es de esos que se cargan parsimoniosamente con una baqueta.

En esa época, yo no evaluaba más que confusamente el talento tan elevado del uno y el genio del otro que, parecido a alguna tremenda hoja de espada, tirada a fondo, inquietaba ya al mundo poético.

Henos aquí delante de la alquería de Pardies: crujiente y solitaria; los colonos están ya en los campos.

Bordeu nos precede a la cocina, toda negra, donde sólo el gato está cerca del fogón.

Levanta la cubierta del artesón, saca la mitad de un enorme pan moreno que pone en la mesa; después va al fruterío de donde extrae algunas manzanas grises.

Es nuestro almuerzo.

Algunos instantes después henos aquí los tres, siguiendo la búsqueda de los perros en los maíces, espiando el trino breve de la codorniz que se levanta como una pelota alada, y el disparo quiebra su vuelo.

Vemos a lo largo de los setos donde la caza se refugia, en el calor grande, batiendo las breñas con la esperanza de hacer salir una liebre.

"Patté-usée" (*) está sobre una cama de liebre a esa hora, al borde de algún declive, donde su oído inquieto percibe los ruidos familiares... y los otros, esos que guían sus decisiones.

Describimos un círculo que nos conducirá a Abos al medio día: vamos de campanario en campanario, del que se elevará enseguida la hora del ángelus, hasta el de Abos que parece tintinear en la casa, ya que está tan próxima la vieja iglesia.

**Un mediodía de agosto, en la estación de las codornices,
Las cigarras croan en las muelas de paja,
Vibra la atmósfera de calor ardiente
Y el alma del país funde mi corazón.**

De este puro chantre del país del Béarn: ¿Qué queda de él fuera del recuerdo enternecido de los íntimos que le han amado?

Queda una familia de noble sangre y que agranda aún su fortaleza, entregando sus manos a los trabajos de la tierra, —concibiendo como suprema gloria el conducir el arado en el surco, hasta la puesta de sol— el mismo sol que acaricia con un rayo tierno a Bordeu caído en sus campos como un roble, es el mismo que acompaña a su hijo, a la vuelta de un día de labor, en el momento que desata el yugo de sus bueyes pacíficos.

Y queda una tradición de honor que se abriga más frecuentemente en la lepra de las paredes de tapicerías decoloradas por la vejez y la ruina, que en las tapicerías de seda de las moradas de la nueva Francia, y queda una dignidad que ya no está de moda, pero que permanece rica en su propia miseria.

En cuanto a Jammes, que ha confinado su vida silenciosa entre su fe y el infinito de su poesía pura, poco le importa el encarnizamiento de los envidiosos.

(*) Nombre de un perro.

MI PRIMERA VISITA A ROCHEFORT



Llego una tarde de julio a una estación banal y polvorienta que es la justa antecámara de esta triste ciudad.

Loti está en ese lugar con uniforme blanco de estío, pues está de servicio en el **Majorité**, una escala entre dos comandos en el Bidassoa.

Varios oficiales de marina de su mismo grado le rodean. Le miro, pasado un instante, sin que él me vislumbre. Tiene el aire desolado, absolutamente desolado, perdido entre los otros. Sus grandes ojos tristes que parecen mirar la llegada del tren, miran en realidad el cementerio donde duerme Azyadé, miran el desierto, la gran melancolía del Borah-Borah... La huída del tiempo... menos a mí, que estoy obligado a hacerme conocer.

Llegamos a la calle Saint-Pierre. (También conocí a Jammes en una calle Saint-Pierre, en Orthez).

El coche se detiene delante de una casa de la más humilde apariencia: postigos grises asuflados de pintura. La puerta es digna del conjunto. Se diría que es una de esas "Chartreuses" (*) que se ven en los arrabales bordeleses. Y, con la desconfianza que tenía de esta residencia de la que tanto se me ha hablado, encuentro esta humildad exterior bien refinada, a pesar de que comienzo a decepcionarme, cuando la puerta de esta pobre morada vase a abrir.

Pero no, lo que había oído, está muy por lo bajo de este palacio de las Mil y Una Noches.

Aún es temprano. Antes de que me presente a su madre, Loti me pasea entre los dédalos de fantasía que su conocimiento y su capricho han repartido en el emplazamiento de cuatro o cinco casas compradas al fondo de la casita familiar donde habíamos penetrado primero.

Aquí, también, como en su casita de Hendaya, quería enviar al lector a las innumerables descripciones de los manuales de turismo, que hablan, extendiéndose largamente, de la sala gótica, del salón azul, de los aposentos árabes, de la pagoda. En esta época, la Mezquita no estaba edificada aún: se descubría todavía en el cielo inmóvil de Damasco.

(*) Cartujas

Una vez más debo decir que es el hombre el de mi preocupación, tratando de ensayar algo que muestre la esencia de su naturaleza, una esencia que tiene mucho de mundo, un perfume exclusivo de geranio o de ámbar, un perfume compuesto por la inquietante Anaktar Chiraz (la que debía conocer la sepultura de Azyadé); pero tiene otra, tan natural y tan ignorada, que yo diría tan provincial en el gran sentido poético de esta palabra!

Por cierto, Loti se ha esforzado en conservar solo, y sin que haya pensado talvez, para los pocos que admitía, en su intimidad familiar, la real sencillez de su corazón y de su genio. Pero sin que ninguno reproche sus travesuras y sus exageraciones, que sepan que ha querido proteger lo que había en él de más sensible, de más infantil y de mejor.

Tenía la culpa de ser a la vez un escritor genial, un artista que leía las músicas las más sabias y las interpretaba a su manera: todo esto encontró en esa concha de tortuga constelada de piedras preciosas, que le sirvió de cuna; y había exigido al mar, apresado en el encanto invencible de los horizontes infinitos, la misma fuerza que entregó a Yann para sus bodas monstruosas en el **Pescador de Islandia**.

Es el Loti íntimo que he conocido en esta casa de Rochefort, el Loti que se agazapa contra su madre venerable, en las horas de la gran angustia, como lo hace un pequeño infante que entierra su rostro y su pequeña pena en el regazo que acoge al hombre desde su nacimiento.

Extraño contraste de su fragilidad, en oposición al coraje que fue carácter indiscutible en sus comandos y en su perfecto menosprecio de la muerte, durante las campañas en las que le cupo tomar parte. En otras ocasiones le he juzgado, como tantos otros, audaces hasta la temeridad.

Mejor que mirar su sala gótica, de proporciones exageradas, me complacía en el pobre comedor que conservaba tal cual, como recuerdo del tiempo de las dificultades y de las molestias.

No recibía allí sino a los que eran sus amigos.

Gustaba saborear las "jonchées", (*) batea de junco que encerraba leche cuajada.

Esta es una morada singular, medida por las estrechas troneras ojivales que alumbran un calabozo donde Luis XI

(*) La traducción literal sería "juncada", de junc, junco.

hubiera ensayado encadenar sus remordimientos; que para entrar en la penumbra donde reposa la tumba de Azyadé, siempre ornada de flores frescas, tendida de sedas crepusculares, se siente una extraña atmósfera de desorden moral, una tristeza infinita.

Es como el esfuerzo superhumano que un ser habría sostenido para escapar de su propia vida, no dándole más que las pulsaciones de una vieja canción: **Yo encanto mi mal.** (*) Era su divisa. Tenía en esta ostentación fantástica menos la pasión del coleccionista que el amor del recuerdo. La autenticidad de un objeto era menos preciso a Loti que lo que el objeto le recordaba. Abandonando este laberinto fúnebre se sumergía en la intimidad de su madre y de su hermana, Mme. Bon. Respiraba la atmósfera providencial de los **Ours aux pralines** y de la **Limoise**. Toda una vida sencilla se exornaba: Ella tenía su simple grandeza y su poesía, no prestada al medio sueño y a la fantasía oriental, sino a los malos ratos de otras veces, dignamente soportados en la unión y en el amor.

Loti había jurado dar a su madre, al céntuplo, la comodidad que había conocido antes de la estrechez y de los sacrificios que le había consentido. Y le ofrecía sus gloriosos laureles con tanta sencillez como un pequeño niño que trae a las rodillas de su madre la corona de la distribución de premios.

Es pues, ante todo, la impresión de una vida familiar muy íntima, muy cerrada, que traje de Rochefort. Allí sobre toda otra cosa se interponía lo que podía interesar la salud o el bienestar de esta "mamá tan amada" y también lo que podía aliviar las desventuras de otros en las cuales tomaba parte.

Qué abismo entre esta segunda existencia, toda sencillez, y la manía de Loti de desfigurarse en el instante en que se reintegraba al mundo y que el mundo entraba en su juego.

Un día debía aparecer en una recepción, disfrazado de divinidad egipcia.

Como era meticuloso, enamorado de la exactitud, el vestido fue ejecutado en su casa, de acuerdo con sus diseños y bajo su vigilancia.

(*) En sentido figurado de dominio, como los "encontadores" de serpientes, a la manera oriental.

Las sandalias debieron ser confeccionadas con el mismo cuidado; pero, el tiempo estrechaba y resolvió comprar unas calzas de piel de gamo que transformaría a su guisa, dándolas la antiguedad requerida.

Entramos en un taller de zapatería. Expliqué de la mejor manera lo que Loti deseaba. Este se encontraba silencioso como de costumbre. El comerciante le rogó descalzarse, lo que ejecutó con un aire de mal humor.

Se agachó para tomarle la medida, pero no pudo reprimir una exclamación viendo un pie tan ridículamente pequeño que había podido decirse pertenecía a un escolar chino.

Loti, furioso, se irguió de la afrenta y su cólera crepitó más tarde cuando el otro añadió a su exclamación:

—Qué pie!

—Y bien! Qué? Qué es lo que tiene este pie?, replicó rojo de cólera.

—No es nada, señor, nada; es la horma de muchacho la que Ud. requiere; vamos a encontrarla; un minuto, le ruego!

Loti calzado había salido.

Relato este incidente con el único afán de confirmar la extrema humillación que sentía por su pequeña talla. Me ha dicho a veces que sacrificaría toda su gloria, todo su genio, por ser cortado en el patrón de uno de esos gallardos del país, pelotaris o contrabandistas de alcohol.

EPOCA VASCA

De vuelta en el país vasco.

Loti estaba apasionado como yo y tanto otros que vi llegar entusiastas para volver y partir al cabo de poco tiempo, tristemente decepcionados.

Habíamos excursionado en las aldeas de la frontera, acompañados las más de las veces por contrabandistas, entre los que nos contábamos como de la pandilla.

Uno de los más fieles fue Otharre, que tenía la hostería de la **Rhume á Ascain**, en la que Loti escribió enteramente **Raimuntcho**.

Cuántas veces habíamos dejado su casa, entonces menos llena de turistas, a la caída de la tarde, al trote rápido de un caballito que nos llevaba hacia gargantas profundas, sonoras de irrintzina, frequentadas de sombras, de conciliábulos, donde la conversación consistía, sobre todo, en gestos bruscos y silenciosos. Y se podía ver, cuando la luna se mostraba entre dos nubes, a los cargadores de fardos aplanarse en el helecho, inmóviles, hasta que cayese la obscuridad.

Se detenía en los albergues un instante: allí había siempre, bajo un signo convenido, alguno que habría la puerta, cualquiera que fuese la hora.

La noche era bella. APROXIMACIÓN
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL Prolongábamos nuestro paseo a través de esta sucesión de valles y de colinas, en los que el silencio estaba dulcemente acunado por la sonaja de alguna bestia que apacentábase al borde del camino, en las aldeas de luces apagadas; alguna vez un perro acostado junto a una pila de heno ladraba a nuestro paso. En las crestas se destacaban pequeñas capillas votivas, iguales a bastiones del cielo en el haz de la tierra. El olor verde de los árboles y de las mentas llenaba la frescura nocturna. Nos sentíamos lejos, muy lejos, bañados en una armonía divina, y a veces no regresábamos hasta el alba.

Fue lo que llamaría la época vasca de Loti, de sus entusiasmos por las partidas de pelota, de su grandulería por las veladas largas de estío, al borde de las plazas donde se bailaba. El crepúsculo caía lentamente sobre Fuenterrabía que se adormecía en su ganga de topacio; el faro del cabo Figeras dardeara su ojo sobre el golfo gemidor de Vizcaya, en el que los barcos se quedaban hasta muy después de las primeras estrellas. Volvíamos a la terraza de su casa. Enton-

ces la melancolía nos invadía frente a un día más que acababa de disolverse. Era la hora en la que hablaba menos, y en la que no se expresaba sino por monosílabos.

Levantaba un poco la piedra movediza con la que parecía quererse cubrir.

Sentados ambos en la obscuridad silenciosa donde el chapoteo monótono del agua y las lucesitas de Fuenterrabía revelaban solas la palpitación de la vida: nos callábamos.

—Por qué el tiempo no se detiene? decía. Aun cuando no fuese más que algunos minutos.

Qué terror en estas palabras, para el que le conocía!

Después:

—Sin duda es mejor así; nos apagaríamos aún más a la existencia.

Y como yo me quedaba silencioso:

—Tú duermes? me inquirió.

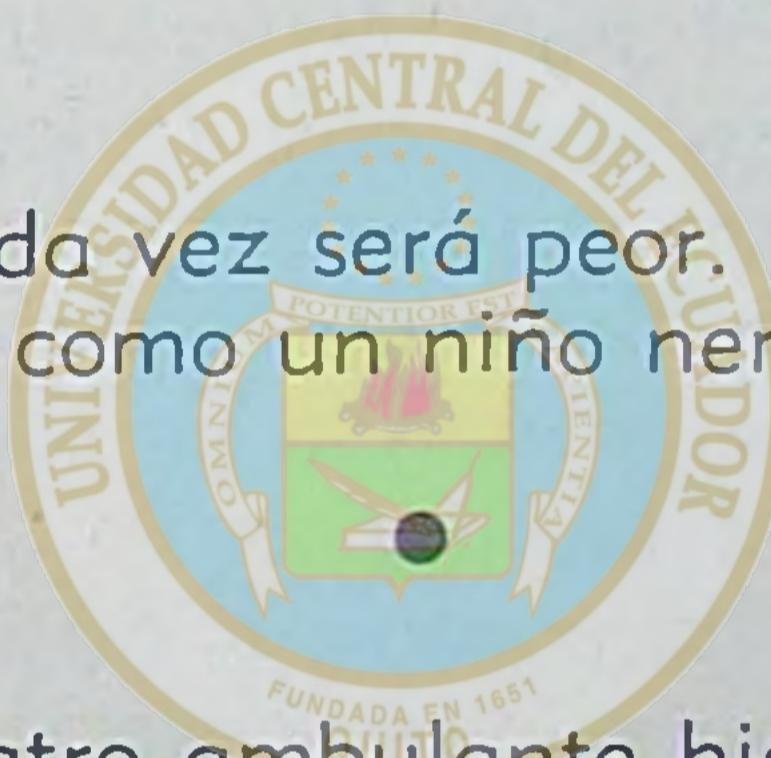
—No.

—Estás triste?

—Sí.

—Consuélate, cada vez será peor.

Y se ponía a reír como un niño nervioso.



Un circo y un teatro ambulante hicieron alto en Hendaya, a poco intervalo el uno del otro.

Loti tenía un curioso talento de acróbata del que hacía alarde, aún en público, y que le había valido dulces amonestaciones en otro tiempo, de parte de su madre, a la que habíale hecho partícipe de sus éxitos:

“No concibo, mi querido hijo, —le escribía— que puedes regocijarte de triunfos que has alcanzado en el circo... No son los que soñaba para tí, lo declaro”.

El gusto irresistible que demostraba por todo lo que podía relacionarse con la cuerda floja, con el trapecio y con la barra fija, se revelaba apasionadamente entonces: no abandonó el circo Frediani. Me presentó a los saltimbanquis, primero a Willy, el as incomparable del salto peligroso detenido y el clown más distinguido de la “Troupe”: vivíamos íntimamente, salíamos juntos, con frecuencia.

Un día que nos fuimos a Fuenterrabía, el joven Willy se aprovisionó de cigarros y tabacos españoles de todas clases, sepultándolos en su sombrero.

Como Loti le hiciese notar que el guarda entendería el truco, frecuentemente empleado por los ingenuos, Willy sonrió.

Y llegado que hubo a la mitad del puente, pirueteaba, habiendo tomado su impulso de pie firme, realizando un salto peligroso tan sorprendente, que el carabínero hubiera olvidado su misión, si el sombrero del clow no hubiese volado, dejando caer en la pasarela y en el agua todo el contrabando. Inútil decir que ningún proceso verbal fue levantado contra el saltimbanqui.

La partida del circo había sido dos veces aplazada, pues, la presencia de Loti atraía a muchos curiosos. Al fin se fue dejando un vacío, felizmente cubierto por el arribo de una troupe de comediantes. La directora, que alardeaba ser también la primera estrella, una gruesa matrona, reemplazaba indistintamente los roles amorosos, de dueña, de madre noble, en todos los géneros, cómicos o trágicos.

Nosotros gozábamos del privilegio de un palco de teatro. Una cuerda nos separaba de los vulgares espectadores. Las representaciones maravillaban a la muchedumbre, pero cuando se daba **La Torre de Nesle** o **El Jorobado**, una irresistible loca risa se refugiada en nosotros, y nos hacía salir con un pretexto cualquiera.

A Loti le gustaba venir a esta clase de representaciones, aún de bastante **alejos**, especialmente cuando las juzgaba grotescas a pedir de boca.

Es así que concibió la idea de rogar a la reina Natalia de Servia, que en ese entonces residía en Biarritz, para que asista a esta clase de actos.

Loti me escogió como emisario: pero la reina no aceptó la invitación. Fue una gran contrariedad para él, cuya consideración para ciertos personajes tenía mucho de candorosa: el gran hombre tenía sus debilidades, que se destacan más en estas dos esquelas que siguen:

"Hendaya, viernes tarde.

Ay! se representa en estos instantes "La Torre de Nesle"; la función ha estado tamborileándose hasta la caída de la tarde: ya no era oportuno hacerte venir. El domingo habrá inevitablemente alguna cosa soberbia. Vendrás con saco de noche? Si la reina quiere venir con su séquito y si piensas en la posibilidad de invitarla a una modesta comida, no me fasti-

diaria absolutamente: acaso me entretenga con locura. De todos modos prefírelo todo, con tal que no se realice esta comida. Te conjuro me libres del compromiso".

Pero no se desesperaba:

"La reina te esperaba ayer para almorzar; arréglate en casa de ella como puedas. Hemos estado con Willy buscándote en "Calautca", en el Círculo, en casa de Riquelme... Al fondo de qué chiribitil estabas escondido? Tiemblo al pensar en eso. La reina casi ha decidido venir al circo el lunes. Has lo posible por estimular su inclinación, me darías el mayor placer. Y dile que, por tenerla (no nada).

Quieres venir a almorzar mañana domingo: caza por Labérguerie, que era leñador de oficio antes de hacer mi cocina: después nos escapamos a las 3 h. 30. Te parece bien?—Amistades.—P. Loti".

Una libertad entera nos reinvindicaba el uno frente al otro. Una mujer no desmejoraba nuestra amistad. Jamás de mi parte y de la de Loti se suscriba la menor confidencia tocante a nuestras vidas sentimentales. Nada. Tan íntimos y vecinos que éramos, no fue sino por el rumor público que conocí poco a poco qué ardiente aventura vivía Loti, con la que fue heroína de *Ramuntcho*!

Por huir de esta existencia, —a pesar de todo estorbo-
sa— que tenía en Biarritz, sentía la extrema necesidad de refugiarme en casa de mi amigo Jammes, que vivía exactamente la antípoda de esta bizarrería. Aún no había abordado la isla dichosa donde La Providencia le condujo dulcemente.

Su vela chasqueaba, todavía incierta, presa de vientos contrarios, pero el canto pagano de este poeta de la naturaleza no era sino el preludio de los himnos que entonó en sus *Geórgicas*: a ellos entregó su caramillo en una armonía que domina su vida desde ahora.

Cuando yo regresaba a mi casa después de haber pasado un día en la dulce morada de la calle Saint-Pierre donde, en la confianza de una amistad creciente, nos hacíamos partícipes de nuestros jóvenes tormentos, me sentía entonces más apasionado, sin duda, porque el gran soplo de la naturaleza había pasado sobre mí.

En este momento de nuestra amistad, estábamos los

tres sufriendo en grados diversos, pero Loti acusaba a veces cierta desesperación.

La angustia constante de la muerte, sin que entreviese otra salida que la nada, era la causa.

Jammes soñaba mucho, a pesar de que cazaba o herborizaba. Más de una joven antillana de collar de coral, hermana de aquella que amaba Loti, le frecuentaba. Ha mezclado mucho a su vida sentimental y a sus poemas el encanto de la colonia.

Conozco Burdeos donde ha hecho sus clases, el **Cours de Fossés** donde habitó, frente a la Facultad de Letras.

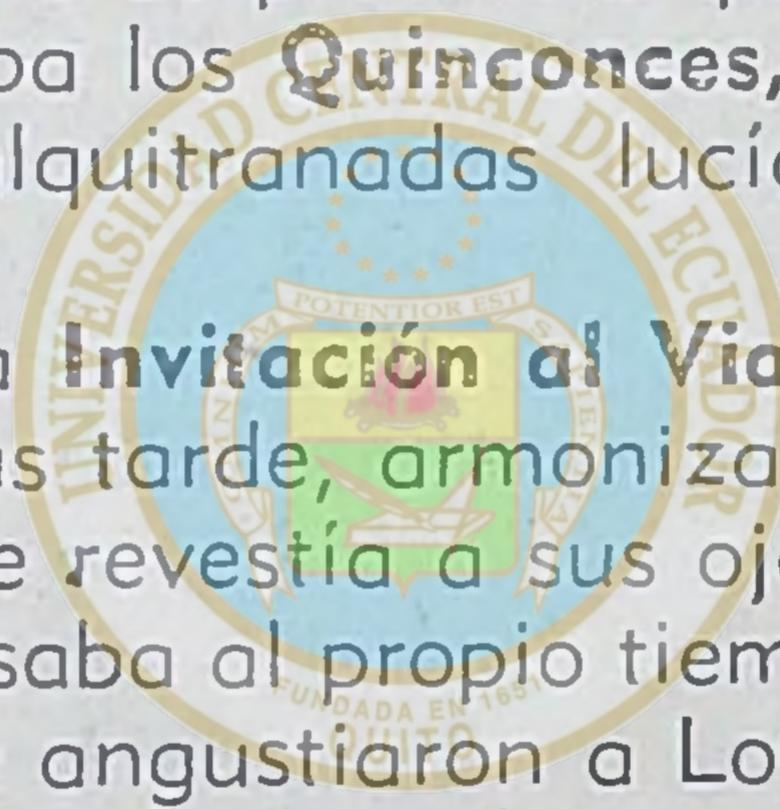
En los bellos días, seseaba en los arrabales, en las avenidas de árboles de **Boutaut**, a lo largo del pantano donde cogía juncos floridos, nenúfares, una clase de iris amarillo. Estudiaba botánica pacientemente en el jardín público.

Bravamente se inclinaba en las umbellas y los cálices. Iba entre este polvo de provincia que saturaba una paz dominical; atravesaba los **Quinconces**, ganaba el puerto donde las garrabas alquitranadas lucíanse como gruesos escarabajos al sol.

Soñaba en la **Invitación al Viaje** que su amigo Henry Duparc debía, más tarde, armonizar a su manera. La cosa la más humilde revestía a sus ojos una suerte de luz de gloria, pero desposaba al propio tiempo el ritmo con las mismas piedades que angustiaron a Loti. Sus nervios estaban a veces vivos.

Sin embargo, se aproximaba el tiempo que debía rubricar el **Triunfo de la vida**, cuando, escapado de la estrechez de las ciudades, se fue a golpear la tierra en cadencia y a posar en el campo bearnés su mirada de paloma.

Ya había escuchado la campana que regula y armoniza el destino de las criaturas campestres: **Del ángelus del alba al ángelus de la tarde**.



ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

EL CASTILLO DE LA BELLA DURMIENTE DEL BOSQUE

Al día siguiente de una de esas noches pasadas en cumplir las jiras por los chiribitiles marinos que le entretenían en Rochefort, Loti me propuso una feliz iniciativa, bajo esta única condición: que en el curso del paseo que proyectaba tuviera que contentarme con dos huevos crudos por todo almuerzo.

Acepté.

Algunos instantes después una brillante **galera** nos conducía hasta el castillo de La Roche Courbon.

Era un día agotante de junio; el vehículo levantaba nubes de polvo que venía todo el tiempo a caer sobre nosotros, tanto iba la galera a paso de tortuga. Fuimos por un camino bordeado de árboles. El álamo es el árbol de este país, cuchichea interminablemente: sus hojas movíanse a la menor brisa, dejando ver su parte de corteza argentada.

—Tú que no has estado en la floresta tropical, me declaró Loti, vas a formarte una idea de lo que más se le asemeja. Es bella como ésto, salvo las flores.

Su rostro transparentaba una emoción que se agrandaba a medida que sus ojos escudriñaban a lo lejos la masa de árboles que iban a dejar caer sobre nosotros **esta noche verde**, como la ha llamado **tantas veces**.

Dio orden al cochero de detener el vehículo y de esperar. Caminamos algunos minutos para tomar un pequeño sendero que contorneaba una especie de alto talud donde están enclavadas ciertas rocas de un gris rosado; y pasamos delante de una primera grieta tapizada de culantrillo.

Avanzábamos, sumergidos por un mar de helechos casi arborescentes. Aquí y allá en pequeños estanques sumergidos de nenúfares y de iris amarillos revolaba, como una flecha de zafiro, algún martín-pescador.

Al andar, parecía temer magullar las hierbas ligeras de las que subía un olor cálido y pantanoso, sin duda también exótico, Loti se extasiaba, atraído por un pasado lejano. En cada uno de sus pasos se advertía florecer un recuerdo, ya fugitivo, ora presente, a golpe de ala. Enjambres de moscas nos hostigaban. Este olor de marisma hacía pensar en el río donde Sylvestre cae bajo la bala china en el **Pescador de Islandia**.

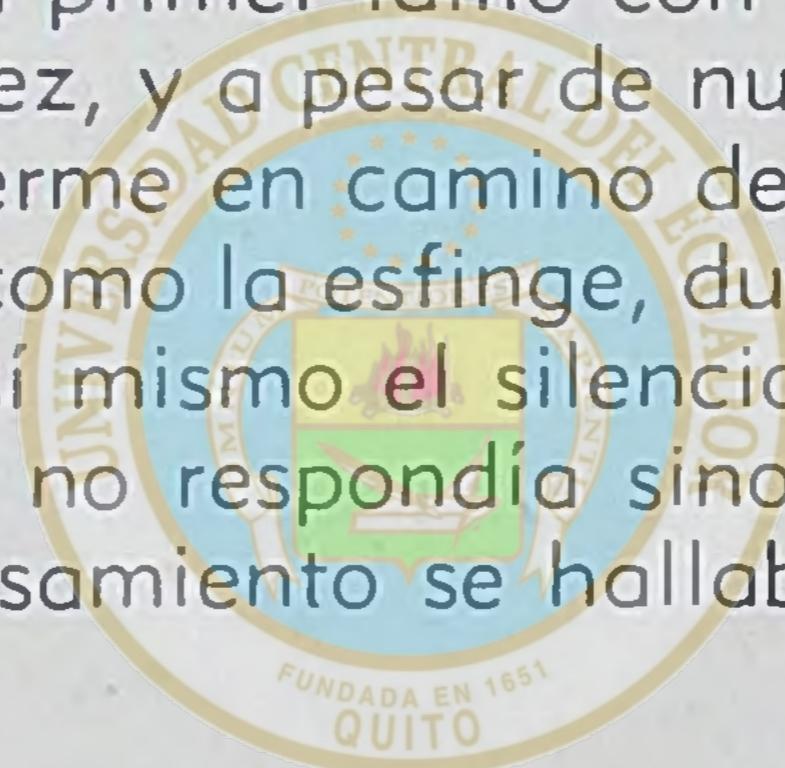
De repente, paró el paso y parecía querer descubrir un sendero conocido por él. Avanzaba más y más ligeramente. Y se detuvo haciéndome señas para seguirle. A nuestra derecha, y en esta especie de acantilado que contorneábamos, se ofrecía una nueva gruta, más ancha que la primera, y deliciosamente tapizada de musgos y de gramíneas floridas.

Arranca una especie de culantrillo, escruta todavía con la mirada largamente la sombra donde avanza, y teniendo cuidado de no maltratar el musgo, parece abismarse en una especie de sueño.

Regresamos.

No fue sino leyendo **Primera juventud** que comprendí por que Loti se había detenido a la entrada de la gruta, tan curiosa y tan melancólicamente. La gruta había sido un día el cuadro de su primer idilio con una joven bohemia.

Empero una vez, y a pesar de nuestra camaradería que habría podido ponerme en camino de esta confidencia, Loti permaneció mudo como la esfinge, durante el retorno. Cuando no rompía por sí mismo el silencio, era inútil preguntarle; pues, entonces, no respondía sino por monosílabos y se notaba que su pensamiento se hallaba en otra parte.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

PESCADOR DE ISLANDIA

Las repeticiones del **Pescador de Islandia** iban a comenzar.

En mi viaje a París, coincidiendo con ellas, descendí con Loti en el hotel del **Buen La Fontaine**, del que hablé más adelante. Era poco lujoso, pero pintoresco. Se dice que Zénaide Fleuriot moró en aquel lugar.

Tengo dicho que Loti se inscribía allí bajo el nombre de M. Daniel. Pero, nadie era tan cándido para apropiarse de la inocente superchería, debida únicamente a ese gesto de lo misterioso y lo clandestino que aquel poseía.

Me pareció, en esa tarde de invierno, que penetraba en alguna hostería provinciana del tiempo de las diligencias cuando Hugo, Balzac y Gautier viajaban de Francia a España. En teoría, era encantador; en la práctica, era falto de confort; pero confieso que viendo hoy el mismo hotel con su instalación moderna, hecho de menos las telas de araña, y estaría listo, como hizo cierto poeta, para pedir que se las tendiera de nuevo, como otras tantas pequeñas hamacas, en los ángulos de las ventanas.

Estas consideraciones que revestían alguna importancia para mi, no tenía ninguna para Loti que encontraba a la entrada del hotel, por la noche, cierto número de "petits bleus" dirigidas a nombre de M. Daniel. Tomaba cándidamente la bujía que le tendía el conserje, y subía a su cuarto por descubrirlas y embriagarse de su gloria. Para Loti continuaba la vida provinciana de Rochefort. No conocía otra. Me abstenería de sugerirle lo que hubiera sido más conveniente.

Tuve el honor de asistir a las repeticiones de su pieza con un interés no exento de esa alegría interior que le domina a un marino poco habituado a las tablas. Loti reaccionaba contra su propia timidez, al menor incidente, pero de una manera tan intempestiva, tan grandiosa, que los Goncourt se entretenían; siendo éste el motivo de enfriamiento con Loti.

Se encontraba incómodo en vestidos civiles, sirviendo de punto de mira a los reporteros de quienes no se escapaba sino por la fuga, incapaz como era de defenderse por la diplomacia y las vagas respuestas.

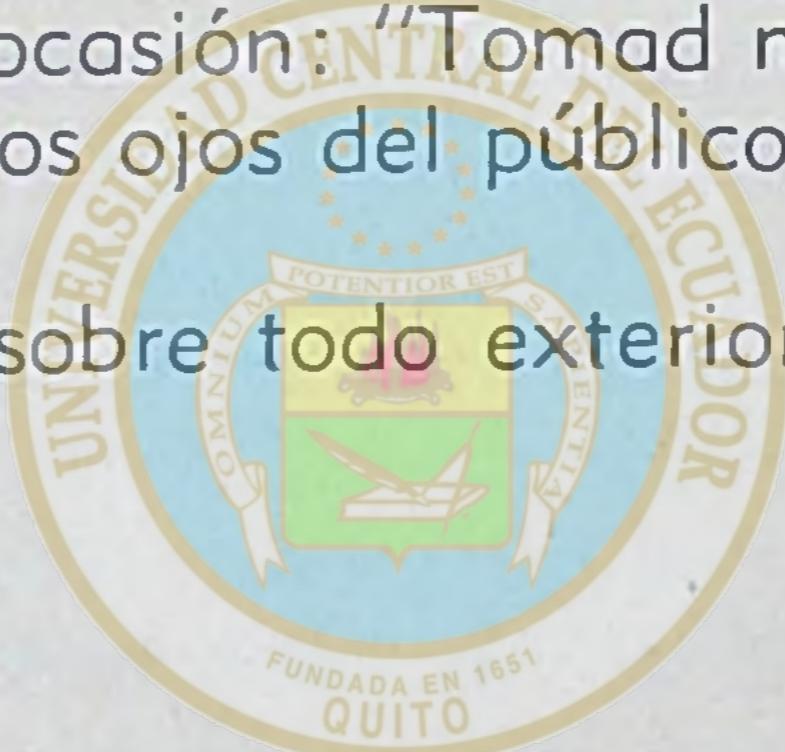
El lenguaje entre bastidores no tiene mucho de esco-

gido cuando es hablado por actores, pero acaso lo es cuando los figurantes se mezclan al hablar con exageración?

Loti quería aparentar entender, encontrándose en conversación con Porel o Réjane (que había querido actuar en el rol de Gand), antes de levartarse la cortina; pero cada palabra le hacía saltar, lo que, notado por los malandrines, aumentaban su crudeza.

El último ensayo fue un triunfo, tanto como la "premiére" del día siguiente. La sala estaba de pie, los aplausos cubrían las voces de los actores. Pero la prensa se mostró hostil a la pieza desde el principio, y el público no tuvo noticias de ella. Loti, la noche del estreno, estaba de frac: traje deplorable para él. A la salida, muy rodeado, muy felicitado, su sola preocupación era encontrar a Mme. Vi- aud para tomarla del brazo. He retenido la frase singular que le dijo en esa ocasión: "Tomad mi brazo, de lo contrario asomaremos a los ojos del público como dos gatos enfadados".

Este fracaso, sobre todo exterior, no le afectó mayormente.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

JERUSALEN

Un día Loti habló de su proyecto de viaje a Jerusalén por el desierto.

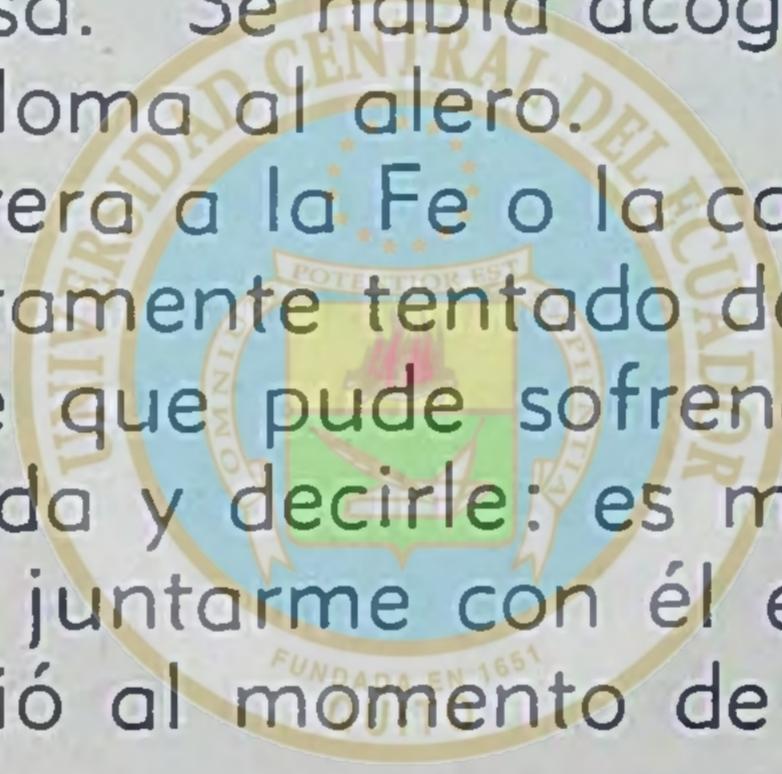
Quería esforzarse por encontrar la fe de su juventud.

Pero comenzó, ay! según su costumbre, ha componerse de un cierto decoro antes de alcanzar el fin, —aquí la visita al Santo Sepulcro,— que me pareció, por su misma complejidad, que sembraba ya un obstáculo a la realización de su deseo.

Comprendía yo cuando me hablaba del viaje, con qué recogimiento inquieto y febril, se preparaba para eso! Loti sentía mucho el espejismo del desierto y su irresistible atracción; pero, existía, sobre todo, el gran signo de la Cruz que resplandecía allá en el Gólgota, del que esperaba alguna redención luminosa. Se había acogido a su sueño, esta vez sí, como una paloma al alero.

Para él era la carrera a la Fe o la carrera a la Muerte.

Me hallaba infinitamente tentado de seguirle y no fue sino el último instante que pude soñar las dificultades que obstruían mi partida y decirle: es muy tarde. Concebí entonces la idea de juntarme con él en Constantinopla, al regreso. Me escribió al momento de embarcarse en la soledad:



ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Primera Carta:

"Campamento de Ain-Musa, 22 de febrero.

"Querido amigo,

"Esta palabra de adiós te será llevada por el bote que nos trajo de Suez a la entrada del desierto y que va a repartir enseguida las cartas y los últimos vestidos de Europa. Mañana por la mañana la gran soledad y el gran incógnito comienzan.

"Estoy encantado y oprimido. El Sultán de Estambul y el Khedive se han declarado sin influencia sobre el jeque de Petra, y las gentes del Cairo me aconsejaron no partir. Alláh proveerá.

"He aquí la pequeña planta de arena que me pedías. El desierto donde nos hundimos mañana es de un gris rosado esta tarde, bajo un cielo negro. Te abraza.

"P. Loti".

Segunda Carta:

"Convento del Monte Sinai, 1º de marzo.

"Querido amigo,

"Había olvidado poner en mi carta la pequeña flor de arena; como la planta se encontraba lista, hela aquí. Hemos llegado a este lugar después de siete semanas de desierto, pero de un desierto más bien penetrable que aquel que nos espera mañana . . .

"Dejo mis cartas a los monjes de Sinai que las expedirán en una próxima caravana. Las últimas que podré escribirte antes de Jerusalén . . .

"Afectuosamente,

"P. Loti".

Tercera Carta:

"Jerusalén, 4 de abril.

"Recibí tu carta, querido amigo. Ciertamente pienso encontrarte en Constantinopla. Te pediré solamente una gran libertad y el permiso de aislarme a menudo. Créeme que X . . . me ha sido impuesto; si solamente hubiera estado advertido dos días antes, te hubiese telegrafiado que vinieras. Llegaré a Constantinopla, desde Esmirna, el 13 de mayo, para partir el 25 o el 28. (Guarda, te ruego, estos datos secretos). Puedes escribirme allá con anterioridad, como porta restante. Me alojaré sin duda en el Hotel de Inglaterra; en todo caso en la Embajada tendrán noticias mías.

ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

"Lo mejor será que vaya antes de tí a la estación.

"Dos instantáneas tomadas por Léo: el jeque del desierto de Petra y yo encimados en las bestias.

"A tí de todo corazón.

"P. Loti".

LOTI ECUESTRE

Como casi todos los oficiales de marina, Loti tenía pasión por el caballo, sin tener el menor conocimiento de él.

A la equitación se había dado sobre todo en Oriente, en el curso de sus incesantes viajes, —sea sólo, sea en caravana,— pero siempre llevando el vestido típico del país que recorría.

Aparte de su ignorancia por todos los principios de equitación, Loti era curiosamente sólido, y resistía sin esfuerzo aparente a los trotos de alegría que no le dejaba de dar en Estambul, un caballito de larga cola y de crin embrollada, que había traído luego a Hendaya y que le recordaba los caballos árabes. Sin embargo, se cuidaba del vestido que le preocupaba constantemente; habíame pedido consejo sobre el traje ecuestre que debía adoptar, sabiendo que mi competencia en este deporte, era inferior.

Le había indicado todo, con dibujos y modelos en apoyo de esos detalles —desde las botas hasta la corbata— y me pareció que le había convencido.

Pero, su personalidad por una parte, su constante inquietud de lo que podían llevar los otros, la forma no encontrada de aventajar su pequeña talla, o bien dejándose llevar por la banalidad de las cosas convencionales: estos factores habían conmovido su decisión inicial; y un día, aparecióseme envainado de pantalones claros y ajustados como un "écuyer" de circo, calzado con botas como para un carrusel, con una corbata Lavallière y una boina vasca.

No había nada más que decir, pues me parecía que él se hallaba enteramente satisfecho; y a un sonrisa muy involuntaria que sorprendió en mi rostro, me replicó:

—Si, yo sé, eso no es estar enteramente de acuerdo con tus consejos, pero no quiero ser tomado por un inglés...

No había, ciertamente ningún riesgo!

Por los menores detalles, como por las más importantes cosas —este pequeño hombre tan grande, no tenía confianza más que en él solo, y añado que resistía a pesar de todo, mejor que cualquiera, a ciertas ridiculeces del vestido...

HAS CAIDO, MARIA?

Loti, tenía una hermana de mucho más edad que él, que se llamaba Mme. Bon: el nombre le iba al pelo, pues era excelente.

Mme. Bon se portaba con Loti más como una madre que como una hermana, y tenía una manera inapreciable y desesperada de levantar los ojos al cielo, cuando sabía alguna nueva fantasía de su hermano; —sin que ésto le privase de dar una loca carcajada por el incidente.

Ella participaba del más tierno culto para su madre, en unión de su hermano.

Conocí a la madre de Loti el primer día de mi arribo a Rochefort, a donde llegué para pasar una semana en la casa extraña, —verdadero laberinto,— en donde se entrecruzaban escaleras sin número, desembocando en los pasajes misteriosos que hacían comunicar las piezas que llamaba de Oriente y de Occidente con los de la extrema Asia.

Estábamos sentados en una parte del jardín muy cerca de la casa: Mme. Viaud, la madre de Loti, venía hacia nosotros para aprovecharse del buen sol.

Era la hora provinciana. Se oía subir de la calle los ruidos familiares que preludiaban la comida de medio día. **Suleima**, la tortuga, iba moviendo la cabeza a lo largo de una plataforma, mientras que el loro **Jacquot** nos miraba con su ojo redondo.

De repente, se oyó un ruido de algo que cae en una escalera. Loti exclamó, sin ninguna apariencia de inquietud por cierto: **María!** has caído?

Mme. Viaud repitió con la misma calma: "Has caído, María?".

Después, Loti estalló en risas ante mi aire interrogador y sorprendido.

Es preciso que te explique dijo: Mi hermana cae por lo menos una vez por día, en la casa, en el jardín, en la calle; —es algo como una necesidad para ella!... .

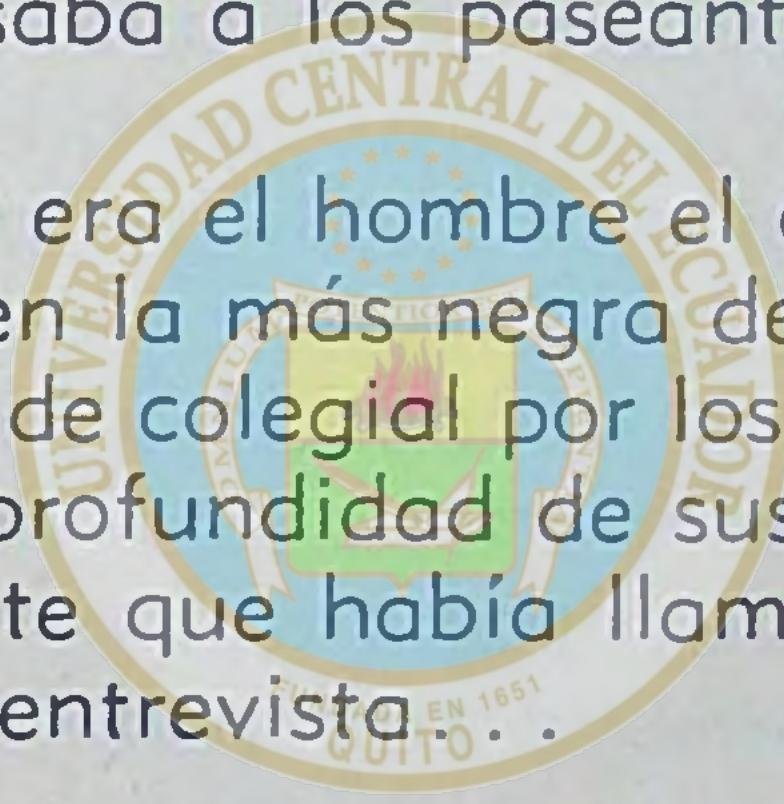
En ese momento, Mme. Bon apareció en el dintel de la puerta, llevando una almohada para su madre... .

Esta vez, la caída había sido más cómica que nunca. Apresurada por traer la almohada, María había puesto el pie en un sapo que se hallaba dormitando en el último peldaño de la escalera, y, retrocediendo de espanto, había tragado una mosca!... .

El único verdaderamente aterrorizado por toda esa batalla había sido el loro. En su espanto, había saltado en el hornillo, volteando una olla de aceite hirviente, y se había refugiado en lo alto de un aparador desde donde gritaba "Pobre Jacquot! Pobre Jacquot! . . ."

En parecidos instantes Loti mostraba ese lado encantador e infantil de su naturaleza, y que se evadía de si mismo, del consternimiento en el cual se encerraba bruscamente desde que algún extraño se ponía en su presencia. Pudo entretenérse como un colegial y le veo todavía votar por la ventana de su gabinete de trabajo, unos pequeños paquetes cuidadosamente hechos, atados por un hilo invisible y que subíalos precipitadamente, cuando un paseante se inclinaba para recogerlos; —o bien escogiendo alguna pomposa señora que se paseaba con su sombrilla abierta, dejaba caer cerca de ella, al paso, un puñado de municiones de caza,— lo que causaba a los paseantes un espantoso terror . . .

He aquí lo que era el hombre el cual, un instante después, se encerraba en la más negra de las melancolías, trocando estas bromas de colegial por los pensamientos de vértigo, y abriendo la profundidad de sus ojos a esa expresión aguda y desesperante que había llamado mi atención desde nuestra primera entrevista . . .



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

LAS DOS SEÑORAS LOTI

El nacimiento de Loti fue un hecho que podría calificarse de prodigioso.

Nació catorce años después de su hermano Jorge.

En el intervalo el hada que debió presidir su cuna mezcló a los dones preciosos del visionario incomparable una sensibilidad melancólica y extraña, que, desde su infancia, no cesó de preocupar a su madre, a su hermano marino y a su hermana de mucho más edad.

Su madre, una señora de verdes ojos, de rostro afectuoso enmarcado de rizos blancos, debía seguir con mirada inquieta a su hijo, sea a Rochefort, sea a lo largo de sus viajes. Hablaba ella poco y parecía pensar mucho.

Me testimoniaba su simpatía en razón misma de mi acercamiento que sabía sincero para Loti.

Vivía sin inquietud por el lujo que había visto instalarse poco a poco; tomaba por una fantasía, un fragmento de mundo encantado, transportado todo muy cerca de su vieja casa familiar; ya que Bagdad o la China estaban para ella muy lejos de Rochefort.

Se nutría como un pajarito de cosas casi imponderables. Cuando conversaba frente a frente, al interrogarla, sus respuestas eran vagas; buscaba, con la mejor fe del mundo, el poder desatar este continuado enigma que nos daba Pierre Loti, desde que florecía en el mundo la vida de su corazón. Sabía que tenía para ella el más tierno culto y no podía explicarse esta distancia, este horror de confiarse que, en él, no era más que un pudor.

Tenía una ardiente fe en la vida futura. Hablaba poco de la muerte, sabiendo que este pensamiento era insopportable a su hijo; pero sentía vivir su vida únicamente en espera de la otra.

Iba por la casa como una sombra ligera; y hubiera sido imposible oirla caminar si antes no se la hubiese visto.

Al rededor de Mme. Pierre Loti se hace una conjetura: que entre ella y su ilustre marido había una desunión.

Nada menos exacto.

Tuve el honor de verla, durante muchos años, tanto en Hendaya, durante los meses de estío, como en Rochefort, con su hijo Samuel, camarada de infancia y más tarde, de colegio, de un hijo bienamado que Dios me quitó.

Era admirable, por esa distinción que se imponía tanto más cuando trataba de esfumarse.

En cuanto a Loti, le testimoniaba los más grandes cuidados. Y le destinaba siempre en su hogar el mismo puesto que ocupaba su venerable madre.

Mme. Pierre Loti encantaba antes de haberla tratado, tanta era la dulce expresión de su rostro. Tenía la mirada un poco velada, pero lejana, de ciertos miopes, que recordaba a la de Alfonso Daudet.

Se la evocaba muy naturalmente, en el parque romántico, en el que transcurrió su juventud sin preocupaciones. Era de apellido Ferrières. También aportaba esa nota de poesía provincial, pero menos velada que la de los demás que le rodeaban.

La casa de Rochefort estaba cerrada a las relaciones mundanas propiamente dichas; no se abría más que a la familia, a pocos íntimos, y cuando más a ciertos admiradores del maestro.

Mme. Pierre Loti se acomodaba voluntariamente a la soledad. Todos sus cuidados y su amor se dirigían a su hijo Samuel.

Samuel anunciaba ser lo que llegó en efecto a ser, como su madre, afable y sencillo, humilde casi y superiormente distinguido. Tiene los ojos sobrios de su padre y su voz, bella y grave, a menudo un poco velada como una campana en alta mar.

Con infinito respeto y mucha reflexión, responde a toda pregunta relacionada con la vida de su padre: se ha consagrado a su memoria. Le veo jugar con mi hijo en su jardín de Hendaya.

Tiene largos bucles rubios; los dos vestían de marinos. Después, más tarde, se juntaron en un colegio, en Royan-sur-Mer, y en fin la vida les separa pero su mutua afición persiste. Los años pasan.

En un estío que no recula más en el tiempo, en un estío que permanece día presente, mi hijo quiso venir a Hendaya para estar cerca de Samuel.

Duerme ahora en ese pequeño cementerio que baña la marea alta de las tristes aguas mezcladas del Bidassoa y del mar.

En años pasados, a la hora tierna del crepúsculo, qué de veces yo he ido con Loti a ese cementerio, que consumía el silencio de los campos de reposo, y particularmente de los grandes cipreses que le recordaban los grandes cementerios de Oriente.

En una mañana de imborrable dolor, acompañé allí a mi hijo. Le dejé bajo una cruz cuyos brazos debían estrecharme siempre.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

LA ALQUERIA DE JAMMES

Existe en Chou, una pequeña alquería que perteneció a Jammes, en las puertas de Orthez, que hacía comprender a la manera primitiva del bardo, la inefable poesía de la cosecha.

Fui a comer con su madre y algunas jóvenes que han quedado para él como las flores puras a las orillas del Gave, cuando en las bellas mañanas, Jammes acechaba el salto de las truchas.

Los jóvenes tienen para él la frescura y la inocencia del alba, caída en la piel liza de las cerezas o en la carne nacarada de la campanilla.

Adosamos nuestra mesa, cojeante como la de Philémon y Baucis, al muro de la alquería, todo desbordante de culantrillo. Las jóvenes se querellaban y charloteaban como las cotorras disputándose su vara de madera.

El ruido de la trilladora vecina parece morder el aire, le toma y le vuelve a tomar y le rechaza en gavillas de oro al sol. Toda la atmósfera vibra; el poeta domina el grito casi exasperado de las cigarras.

Jammes sonreía. Nada del panorama se le escapaba, nada de la gracia, inconveniente coqueta, de las jóvenes que galanteaba y que enrojecían bajo sus grandes sombreros de campo.

"Es un día que habría amado Juan Jacobo", decía.

Los cosecheros chorreaban liando las gavillas a medida que caían vacías de grano; un vapor canicular escondía el horizonte, un milano planeaba, amenazando los polluelos de una gallina que se erizaba, un borrico pasaba su cabeza por encima del vallado como para testimoniar su presencia en esta fiesta de la cosecha. Sin duda **Patte-usée**, agazapado bajo un cardo, escuchaba con una oreja los pequeños ruidos de llegada de su muy amada.

Y toda la poesía primitiva que contenía la vida entera de seres y de campos, y el alma total de la creación, entra en el alma del poeta tan sencillamente como las gavillas entraban en la vibrante trilladora para de allí salir como trigo divino. Dios había hecho su chantre de este silvano, y le enseñaba a silbar en el caramillo su canción, y nada más que su canción.

Era la tarde donde las jóvenes risas se esparcían como

aguas poco profundas en los guijarrales, donde nada más que la vida campestre y su armonía ocupaba nuestra mirada, donde se sentía descender en la llanura la bendición que más tarde le hizo escribir la **Iglesia vestida de hojas**...

Ya en sus primeros versos se anuncian sus cuatro libros de cuartetos (síntesis de Jammes) acerca de los cuales Lucien Daudet ha escrito tan lapidariamente:

"No hay nada más bello que la purificación del genio, el momento en el cual el poeta sabe que diciendo del cielo que es azul, ha dicho todo, y que otra añadidura sería vano epíteto; el momento que decanta una obra y donde la extrema sencillez aparente no es más que la operación de la compleja experiencia".

Por los lentes crepúsculos que azulaban melancólicamente la morada de Orthez, Jammes miraba por la ventana abierta la dulzura que venía a adormecer los últimos ruidos familiares de la aldehuella, y se preguntaba cómo se oiría su gran grito poético más allá de la llanura bearnesa cuyo eco fiel le traía cada tarde. Con esa sencillez jovial que aplica a las menores y a las más grandes cosas, Jammes, sentado a mi costado en el banco que sombrean los platanales de su casa de Hasparren, respondía a mis preguntas sin demostrar impaciencia.

Sus hijos más jóvenes corrían y charloteaban a nuestro alrededor, igual que los pájaros de su jardín.

Parece que en el muro derruido de su casa campesina, otro muro de azur se superponía, y dejaba pasar solamente a las abejas y los gorriones, pero no a las pequeñeces de los hombres.

Su vida rústica acoge a los que la vida ahoga; y su mano tendida es el signo del hombre de buena voluntad.

Es a través de las aguas profundas que ha llegado a este puerto, y nada de las tormentas humanas le son desconocidas.

Su corazón se commueve a sus desencadenamientos, y se regocija cuando la oveja es encontrada.

Se ha resumido en Dios, como ha resumido su poesía en una palabra, en la sola palabra para cada imagen.

Es así que le veo hoy con su seguridad tranquila, su aceptación confiada de contratiempos y dificultades que están unidas al techo del padre de familia y a la lira del poeta, como esas zarzas invisibles que el ave entremezcla a las briznas tibias de su nido.

Me acuerdo de sus despreocupaciones pasadas, cuando íbamos por la meseta tórrida que bordea la casa de Bordeu, o por las jornadas endurecidas de nieve, cuando los ruidos familiares de Orthez se adormecían, y demorábamos cerca del fuego en su cuarto criollo. Jamás aquellas se prolongaban por mucho tiempo. Su inquietud le despertaba, y como la fuente de su poesía era la misma que corría en los guijarrales entre las mentas, era esa fuente la que Dios había escogido para restañar su sed.

Ahora, peregrino del paso seguro, camina hacia el fin con la misma certeza que el rayo cuando va a alumbrar aquel de los continentes que le está prescrito, pero la gravedad de su fe no ha disminuído en nada su amable ironía: todo lo contrario.

“Responderé, si así lo desea, a su pregunta, me dice Francis Jammes, estableciendo algunas fechas que cerrarán y abrirán los diferentes movimientos que he advertido desde mis veinte años”.

1888-1900.—Nací en 1868. Los primeros versos valiosos que me revelaron a mi mismo datan de 1888. Estimo que la generación a la cual pertenezco fue dulce, bucólica, amable, llena de talento, acaso de genio, que se mostró simbolista, romántica claudeliana o jammista: Cito a Mallarmé, Moréas, Viéle-Griffin, Henri de Regnier, Bataille, Guérin, Samain, Péguy, de edades diversas, pero acoplados en una camaradería y una dignidad que observaron los románticos: Gautier, Baudelaire, Banville y tantos otros. Aunque más jóvenes, los Psichari, Mauriac, Robert Vallery-Radot, André Lafon, Eusébe de Bremon d'Ars se relacionan a la generación de que hablo, por su respeto cordial para los antepasados de la poesía, el gusto del sentimiento y de la bella naturaleza, en una palabra, lo que es la razón de ser de la poesía, desde que el hombre canta.

1900-1914.—La generación que siguió, llamada neoclásica, no aporta nada más que mediocres imitaciones de Parny y de Gentil Bernard. Los jóvenes de entonces, que pretendían venir de la más pura cepa francesa, se agrupan en fracción política, no juzgan a la literatura sino en razón de ésta, para el discernimiento de talentos, se burlan del sentimiento, reparten su bilis en malas revistillas de combate y después desaparecen.

Sospecho de que volvieron bastante desabridos, por no haberse asentado en la aldea, y estar allí camuflados de notarios, gentiles hombres rurales, consejeros generales, industriales. Tales como astros extraviados en esta noche, de verdaderos poetas: Jean Lebrau, Dereme, Pourrat haciendo excepción a la regla.

1914-1918.—La guerra.

1918-1929.—Los frustrados de cierta edad contaron con el siguiente día de haber terminado el cataclismo mundial para derribar todos los valores de anteguerra de los que estuvieron envidiosos. Movilizaron a todos los encolerizados, los descontentos, los zoilos; los agruparon en revistas que se mostraban simplemente **feas**, esto es amargas por el solo placer de serlo, pero sin que se revelara en ellas el deseo de una restauración poética. La dureza de corazón estaba de moda, y a veces un paganismo bastante cínico. Los más inteligentes, los más desenredados al mismo tiempo que más afortunados y mejor educados, se improvisaron autores en dos años. Su habilidad no carecía de talento. Apelaron al recuerdo del factor comercial: la crítica autógena, los afiches sensacionales en la prensa automática. Encotraron revistas y al mismo tiempo editores que tomaran parte en estos procedimientos. Muchos de esos autores han quedado en camino, algunos han resistido, hasta la presente, sostenidos por el **snobismo** que es mucho más glotón de lo que se cree comunmente, seducidos por el más grosero reclamo.

Una revista lo dominaba todo. Seleccionó a los más privilegiados de los recién venidos, y es por esto que se mezclaban elementos dispersos, introduciendo también espíritus mórbidos, inquietos, perversos. Y todo bajo la tutela de dos genios, el uno satánico, el otro divino: Gide, Claudel. Pero éste tuvo que irse bajo una polvareda de hipocresía. En efecto, al margen de ese opúsculo se inscribía el surrealismo, es decir la puerta abierta a los amantes de sacrilegios, de costumbres monstruosas, de suicidas.

1929-1932.—Desde 1929 se acusa aquí y allá en mi correspondencia un retorno a la línea esencial de las musas, que pasa por las cumbres del amor. Todo lo que se pretenda, fuera de esa línea, es una ruptura, una hendidura, un accidente: el cubismo por ejemplo.

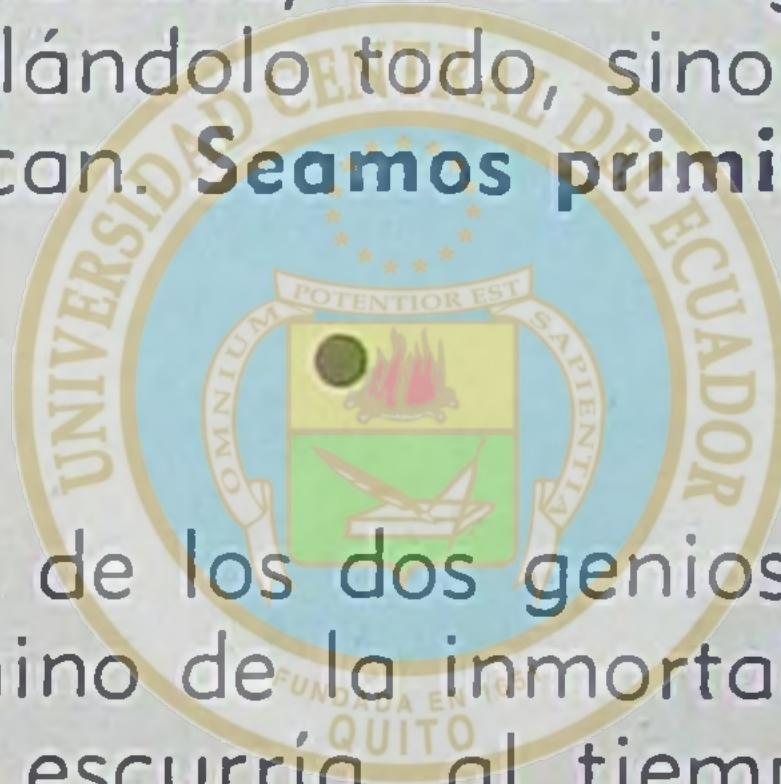
Eugéne Carriére decía con razón que todo lo que no es una curva (fruta, flor, hoja, cuerpo animado, el mundo

mismo), es un accidente (cristales, productos del fuego, ángulos de piedras talladas o diamantes, industrias del hombre). La naturaleza es redonda. La poesía es redonda también: amor y sentimiento. No hace caso de cristalizaciones.

El retorno a la línea esencial es realizado por jóvenes de 17 a 30 años. Pero no se les deja el derecho de hacerse oír abiertamente, porque los reportajes de la gran prensa son tendenciosos, y los interrogados han sido seleccionados de antemano por los reporteros.

La palabra orden?

Es preciso tomar la poesía en su verdadera fuente **amor** en el sentido el más elevado: nobles sentimientos, fe, todo esto expresado con la más grande **sencillez**. La sencillez se adquiere por el renunciamiento lo mismo que la santidad. Es preciso no ser primerizos, es decir ignorantes que complican la poesía mezclándolo todo, sino **primitivos**, es decir sabios que se simplifican. **Seamos primitivos.**



En la irradiación de los dos genios, el uno en su apogeo, el otro en el camino de la inmortalidad, es que mi juventud caprichosa se escurrió, al tiempo en que mis más grandes desdichas se limitaban al descubrimiento del descalabro de mis fantasías.

Cada uno de ellos había tomado parte de mi alma y fascinaba mi pensamiento.

En Loti, lo que me atraía, era ese gran ensueño misterioso elevándose todo resplandeciente de oro y lejanía, como de una alba fantasmagórica sobre el Bósforo; el peregrinaje desesperado al jardín de los olivos, en la noche de suprema angustia en la que este oficialillo de marina se arrogaba el derecho de venir a interrogar a Nuestro Señor en el lugar mismo donde El interrogó por última vez a su Padre, la víspera del Gólgota...

Era la nostalgia del desierto y de las islas perdidas, donde su vida feérica embelleció hasta exaltarnos, las flores, las jóvenes, las noches centelleantes, y la canción de los acantilados en las grandes profundidades...

La persecución inalcanzable del ensueño que realiza donde se detiene, sin el cual la vida se hubiera detenido para él.

Al evocar estos pocos recuerdos, he tratado de hacer aparecer el verdadero rostro de Loti, que por una especie de temor y de incomprendición, no deja casi percibirlo en su obra, la que refleja todo su genio, pero la que no hace sino columbrar su bondad.

Repito la frase muy noble y de una esencia muy rara, con suficientes motivos para ser propuesta en ejemplo. Mme. de Noailles ha dicho: "No se escribe como Loti". Muy humildemente, pero aprobándola, estoy en lo cierto, al asegurar a los que le han conocido verdaderamente: "No se es bueno como Loti".

En Jammes, lo que me retiene, es el canto del grillo en el hogar, las tristezas poéticas de una juventud encadenada por la vida, el embriagamiento solar de la campiña bearnesa, la concepción genial de lo que "el pobre peón" y el "pequeño asno dulce" aportan con su enseñanza y claridad a nuestra existencia, y día a día, la ascensión de su gloria estallante entre las flores de los taludes y de su amor para su admirable madre.

Toda la vida, para esa calma inmensa, está encerrada en la corola de una anémona en la que llora una gota de rocío. Dios ha permitido que en el crepúsculo de mi viaje, camine aún al lado del "viejo caminante", como se ha llamado a si mismo. El valle que habitó resonaba a pesar de las sonajas campestres que han apaciguado los trastornos de mis años mozos. Ahora han tomado para mi el sonido más grave del ángelus.

Camino en el dulce halo de su humildad que prefirió siempre a la gloria; y en su casa, donde las voces de sus hijos crecidos y dispersos no son sino como las de las cigarras en el estío, se oye la de la oración y de la fe.

EL CAMINANTE

Al pie de esta cruz de antaño misión,
Oh caminante! te sientes, colocando tu alforja
De la que rueda junto con almanaques
Pan duro, pecados, humillaciones;
Se me ha dicho que tú fuiste en otro tiempo el poeta
Cuyas manos prodigaban la miel de sus enjambres
A los que aproximaban sus cabezas
Para oír largo tiempo tus abejas cantar.
—Es verdad: pero ellos han envejecido;
Su alma no conoce sino el ayuno, ahora.
Ellos no me perdonan que esté aquí todavía,
Que hayan crecido las lilas al rededor de mi rostro!
Así a veces en el jardín vetusto
Donde los adolescentes pasean, el busto
De un poeta se ve resquebrajada la máscara,
Pero invadida de flores de portentoso arbusto.
—Viejo caminante, qué esperas? Hasta tu viejo cayado se [doblega.
Ha muerto el perro fiel que se acostó en tu tumba,
Tus hijos se han dispersado: todo ha concluido.
—Cada mañana espero que pase Jesucristo.

Para anunciarle tan noblemente la fe del poeta que, en la batahola terrestre de todos los ungidos por la nombradía, suena una voz, una sola, la que dejó caer ese grito de amor y de rescate: "Tengo sed". El poeta, en la tarde de su vida, toda humildad y ternura, no teniendo más que extender la mano para llenarse de todos los honores del mundo, se sienta al cruce de los caminos de la cruz misionera para esperar "que pase Jesucristo" . . . por el privilegio insigne y al momento de terminar estas breves notas acerca de dos grandes genios, experimento algo como una necesidad imperiosa y muy dulce de expresar toda mi humilde gratitud a los que han permitido encuentros que han enriquecido toda mi vida y la han acompañado como los rayos de un poniente maravilloso.

FINAL A FRANCIS JAMMES

Empujado, hostigado por el viento que se sepulta en su antiguo manto, ciego por el torbellino de escarcha que se mezcla con la nieve de su barba y de sus cabellos, el poeta penetra en su rendida morada.

Viene de la misa cotidiana, donde, en el banco de madera que ocupa, deposita cada dia su alforja de peregrino, en la que las cortezas de pan duro se mezclan a las humillaciones: no las rechaza, las acoje, como ha acogido el divino dolor.

Entra en su gabinete de trabajo: la canción del fuego le recibe. Se sienta delante de las brasas y sueña.

En los muros de su alcoba toda su juventud se dibuja: su fusil y su cacerina, su sombrero de paja (*) abrasado por el ardiente sol de las pampas bearnesas, y cuyas alas crispadas han tomado la forma de una carabela; su red de cazar mariposas que tantas veces aprisionó en sus mallas su sueño alado; su calabaza de cazador que encerró la frescura de todas las fuentes campestres, en las que ha restañado su sed en los días quemantes, cuando los rastrojos están cerca de flamear: estos muros animados que le rodean, muros cuya armonía poética mece tiernamente su cabeza a veces inquieta de patriarca pesadamente cargada. Sin embargo, su confianza es total, sonríe a las traviesas luchas humanas.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

A través de los capilares de hielo que cincelan los vidrios, percibe un roji-gorjeo que revolea en las ramas bajas de un cedro. Contempla con sus ojos parecidos a dos granos de moras; se maravilla de esa pequeña bola emplumada, tan ligera que sus patas ni siquiera se hunden en la nieve; siente el poder infinito de Aquel que le guía a él mismo como guía el roji-gorjeo hacia el abrigo del árbol; y, atizando su fuego, ve en la hierba chispeante que se eleva la respuesta a sus furtivas angustias que se desvanecen en su fe.

A todos los llamamientos de su juventud que le rodean, responde la eterna juventud de su corazón.

(*) El escritor ecuatoriano, Alfonso Cuesta y Cuesta, me refirió que Jammes usó un sombrero de paja toquilla, de Cuenca; obsequiado por el compatriota nuestro, señor Arturo Borrero.

Su poesía nacida en la espuma de las canteras, permanece primitiva y aparece después su obscuridad hasta su gloria: su poesía se ha encantado de las escolares de sombreros de trigo y de amapolas, del perfume de "santal"; en las viejas moradas familiares cuyo pasado se embalsama de las últimas rosas de otoño, de la pobreza de los humildes, de la voz del ángelus, de la piedad, del dolor, del abandono y del amor: de todo lo que se comprende cuando mucho se ha sufrido.

Su canto queda semillado como la flor del camino; pasa sobre las más altas cimas, las que están unidas y sin quebrantamientos, en la calma omnipotente de un vuelo de águila que alcanza su aire, inasible a los rapaces de mediocres presas: y, allí en esa aurora eterna de nieves irisadas por los rayos de un sol que no debe nunca ocultarse, se inscribe en letras de fuego las cuatro letras del nombre que hace cantar su lira: Dios.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

LA MADRE DE FRANCIS JAMMES

La primera vez que la encontré, vine a sentarme a su mesa, en el comedor de la calle Saint-Pierre, en Orthez.

Se respiraba allí ese olor de manzana madura de un vergel sofocado por el sol.

Quedé admirado, a la vez, de su pequeña talla y de la infinita grandeza de su bondad.

Se me mostró superiormente inteligente, de una indulgencia que endulzaba la firmeza de su juicio. La sentía compasiva al sufrimiento de todos, resignada cristianamente a la independencia espiritual de su hijo; confiada en que Dios le encontraría en el cruce de los caminos, cuando la hora suene...

Todo esto se leía en la mirada calmosa, en los gestos mesurados, en los silencios que se acompañaban de una expresión de dulzura.

Su constante preocupación era la de tender una muralla que le protegiese a su hijo de los ataques de los que le odiaban, defendiendo la sensibilidad del poeta que se había tornado casi enfermiza, en razón de estos hostigamientos.

Su amor materno estaba listo a aceptarlo todo, para evitarle la menor contrariedad que sabía tomar en él proporciones dolorosas.

Fui testigo de la vida cerrada y silenciosa de estos dos seres, en la sombra de la vetusta morada provincial, desde donde se oía el martillar del zapatero remendón y el canto del canario que ahuyentaban tan a menudo la somnolencia de Jammes.

Es allí donde comencé a gustar el encanto de la mediocridad de fortuna y de la más montaraz poesía. Para Jammes, la poesía se manifestaba en todas partes y en las cosas más ordinarias: sea que oía difundirse desde la calle las risas de las jóvenes; sea que mencionaba los nombres de las flores de barrancos y campos, en la ruta que conduce a Baignets.

En las tardes de invierno, me acompañaba a la estación de Orthez. No me separaba de él sino después de una jornada de charla prolongada en el rincón del fuego.

De Orthez, he seguido a esa admirable madre a Hasparren, y mi afecto por ella no ha cesado de crecer hasta el día en que dejó la tierra con la dulzura majestuosa de las almas translúcidas.

Cada vez que voy al país vasco, siento su presencia.

La veo sentada en el umbral de su casa, bajo los árboles, le oigo inquirir de su nietos, cada uno de los cuales estuvo presente a su ternura.

Y hasta que vino su último día, he encontrado su pensamiento siempre tan indulgente, tan clarividente, poniendo todas las cosas en su verdadero puesto.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

EL RETRATO DE MI MADRE

Tenía diez y seis años. Está retratada con su hermano y su hermana. Viste una ropa azul de cielo, en volantes; pantalones largos bordados de encajería inglesa descendiendo al tobillo; zapatos "mordorés".

Su hermana tiene el mismo vestido, en rosa.

El vestido de su hermano, por lo que se le ve en el cuadro, no tiene el sello de la época sino en razón del cuello levantado por la corbata a doble lazo.

Estos tres niños miraban la vida con un asombro encantador.

Todo es bonito para ellos, y en los ojos espléndidos de mi madre, se vislumbra el infinito amor que debía darnos más tarde.

En el cuello pendía un pequeño corazón de oro, emblema de la pureza radiante del suyo.

Había dicho yo en alguna parte con una ingenuidad irreflexiva: "Creo que nadie ha tenido una madre como la mía". Loti sonrió al oírmelo, pero con lágrimas en los ojos.

En el fondo del cuadro se escruta un mueble de Boule sobremontado de una gran pieza de Sévres, para poner las rosas; evoca para mi el inmenso salón provincial que sirvió de marco al retrato. **ÁREA HISTÓRICA** Con ese mueble y ese Sévres, el salón todo entero aparecía para mi en el cuadro.

El salón en el que corrí, cuando niño, llegado que hube de París para mis vacaciones y donde mi abuela apaciguaba su impaciencia de vernos, tocando el **Vals de la Coronación** o el **Bello Danubio Azul**. El salón blanco y oro, con las soberbias maderías Luis XV, las cortinas de pliegues cerezos, qué impresión de frescura me produce pensando en él!

El "parquet", con losanges de color, brillaba como un espejo, y el arreglo simétrico de los muebles aumentaba todavía su gran dignidad. Forma parte del retrato de mi madre, como de mis primeras impresiones de infancia. Conocí allí los iniciales gozos y sentí mi primero y definitivo desgarramiento, cuando no se le abría casi nunca. Sus puertas parecían cerradas al pasado como para impedir su huída.

Miro el retrato de una joven bella y feliz, realizado en la tela por una mano concienzuda y un talento clarividente aunque sin gloria, pues la impresión de niño debía permanecer a través de mi vida.

Por qué los ojos claros y llenos de bondad estaban destinados a cerrarse tan pronto?

Su partida fue tan brusca que me ha dejado una inolvidable impresión, que se prolonga igualmente: fue como la salida instantánea de una alcoba, una puerta que llamea violentamente y el ruido de caída de un objeto que se rompe: se abre, no se ve más que el suelo lleno de restos...

Los que he reunido juntamente, lo he hecho en su memoria, pero hay tantos fragmentos que faltan.

El amor sólo repara, la habilidad remienda.

En esta hora tan grave y tan sola de mi vida, su sonrisa me envuelve con la misma ternura.

FIN



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL



Oleo de Carlos Rodriguez



LA QUEJA

Oleo de Carlos Rodriguez



LOS VIEJECITOS
(Danza Mexicana)

Oleo de Carlos Rodriguez



LA PATICA

Oleo de Carlos Rodriguez